

Giampietro Schibotto

Nostalgia

Territorio interior de disputa política



PENSAMIENTO CRÍTICO

NOSTALGIA

Territorio interior de disputa política

Giampietro Schibotto

Nostalgia. Territorio interior de disputa política,
Giampietro Schibotto. México: Instituto Pensamiento
y Cultura en América Latina, Editora Nómada, 2020.

[Nostalgia — Exilio — Destierro — Epistemología crítica
Didactobiografía — Didáctica no parametral — Pensamiento
latinoamericano — Metodología crítico-hermenéutica]

Primera edición: febrero 2020

D. R. © 2020, Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina
D. R. © 2020, Editora Nómada

ISBN: 978-607-98815-3-5
DOI: <https://doi.org/10.47377/WTUG6059>

Diseño de portada: Liv Mendoza
Edición y cuidado: Katia Ibarra Guerrero

*Esta obra acreditó el proceso de revisión por pares, bajo la modalidad doble ciego.
La revisión se realizó por un par de expertos académicos. El dictamen
de aceptación cumple con los criterios de calidad científica y de evaluación.*

A Jonny, Anjeza y Mykael, por quienes sentí nostalgia
desde antes de que llegaran al mundo...

Agradecimientos

A Lucero, que primera me indicó el camino, que me empujó a cruzar estos nuevos territorios...

A Hugo, amigo y maestro, que seguramente en algún lugar, en alguna dimensión del universo, estará leyendo estas líneas, y quién sabe qué pensará de ellas...

A Estela, que siempre fue mi guía y siempre me acompañó con infinitas sabiduría y ternura...

A mi hermano cholo, a Alejandro, pues lo que escribí también es fruto de lo que, en tiempos antiguos y en tiempos recientes, me enseñó...

A Julián, que también encarna mi nostalgia, y que me orientó, cuando todavía estaba con nosotros, para caminar por los difíciles senderos de la escucha...

A Marcos y Patricia, que me ofrecieron dones de inteligencia, pedagógicos y de amistad...

A los niños, niñas y adolescentes trabajadores y a los colaboradores del MANTHOC, por ser el remoto origen de este largo itinerario...

A los desplazados que encontré en Soacha, que me donaron mapas preciosos para encontrar humanidad en el mundo...

Y a Valeria, que ya sabe por qué...

PRESENTACIÓN

Construir conocimiento en la complejidad creciente del sujeto y su subjetividad, sus marcas vitales, sus afectaciones... sus registros, como *latidos del alma*, objetivados en el sujeto histórico que somos para, además, articularlo al sujeto social del que somos emergentes –productores a la vez que producidos–, es y ha sido el desafío teórico y metodológico de quienes hemos transitados procesos formativos signados por la racionalidad científica y deseamos *migrar* a la racionalidad propia de una tradición de *pensamiento* crítico-hermenéutico.

Este ha sido el camino que ha recorrido Giorgi en esta producción de conocimiento histórico; entendiendo que –como decía Hugo Zemelman– “construir conocimiento es construirse a sí mismo”.¹ Conocimiento que, en su recrearse, fue resignificando con sensibilidad y rigurosidad su propia y exquisita erudición, para reencontrarse una y otra vez con dinámicos procesos de *enactividad*,² es decir, con continuos procesos de ampliación de conciencia.

Este *movimiento del sujeto* implica fuertes desafíos de *revuelta*, como bien nos dice Julia Kristeva³ con relación a que la revolución –tanto subjetiva como colectiva– compromete a una imprescindible re-vuelta, a un *retorno sobre sí*⁴ reflexivo, movimiento que va *recolocando* una y otra vez al sujeto en renovada manera de comprender su presente historizado. Proceso complejo del cual da clara cuenta Giorgi, en el recoger el sentido de su proceso formativo y creativo. Sin lugar a duda, estas *re-vueltas* y relocalaciones traen consigo

¹ Zemelman, Hugo en *Mentes del Sur*. Video grabaciones I, II, III. Ver en <https://youtu.be/pP5XgHY-ZJQ>

² Varela, Francisco, *et al.* (1997). *De cuerpo presente. Las ciencias cognitivas y la experiencia humana*. Buenos Aires: Gedisa.

³ Kristeva, Julia (1999). *El porvenir de la revuelta*. México: FCE.

⁴ Filloux, Jean Claude (2000). *Intersubjetividad y formación. El retorno sobre sí*. Buenos Aires: Novedades Educativas.

tensiones y desconciertos ante los sistemas de creencias aprendidos – de manera consciente o inconsciente–, los cuales se van develando y reorganizando en opciones que recrean estos esquemas conceptuales referenciales y operativos aprendidos.

Es desde esta *revuelta epistémica* que Giangi, con serenidad, compromiso ético-político y deseo de saber, camina esos mundos interiores para encontrarse con la nostalgia como *afectación estructurante*; y, de la mano de esa afectación, caminar hacia el sujeto social *desplazado* de su territorio, su pequeña patria y sus enormes lazos afectivos llenos de gestos cotidianos y resonancias propias.

Así, este sentimiento de *nostalgia*, escondido en su nomadismo constante, se convierte en un concepto analítico para leer un fenómeno de época: *el desplazamiento en sus diferentes modalidades*, forzado por cuestiones políticas o de supervivencia, por opciones laborales o simplemente por mejores condiciones de realización personal, dejando de sí trocitos de sentires en pequeñas marcas que no serán tan fácilmente olvidadas.

Hoy, como siempre, la movilidad humana configura subjetividades políticas redimensionadas por el momento histórico que transitan; en este sentido, revisar este concepto y/o categoría, en la especificidad histórica del desplazamiento forzado en Colombia, redimensiona la comprensión de este fenómeno desde claves que apelan a acoger desde la investigación social esta dimensión de la subjetividad social a veces olvidada por la producción de conocimiento analítico, tan propio de nuestras academias latinoamericanas.

Con este trabajo Giangi renueva sus cálidas y delicadas conversaciones con Hugo Zemelman, convoca su presencia desde la cercanía que los encontró en el diálogo compartido y en la capacidad de hacer de esas conversaciones: palabra escrita y conocimiento histórico. Y este es el mejor homenaje a un Maestro como lo es Hugo Zemelman.

La aventura ipecaliana de *caminar sembrando*⁵ ha encontrado en Giangi Schibotto la alegría de saber que es posible esta apuesta política de hacer escuela de pensamiento, construyendo conocimiento desde otro lugar epistémico, como apuesta a mejores presentes que potencien el entretejido de mejores futuros, más justos y generosos para las mayorías latinoamericanas. Gracias Giangi por esto.

Marzo de 2020, año de perplejidades para nosotros y el mundo.
Estela Quintar

⁵ Verso de un poema de Gabriela Mistral al que solía hacer referencia Hugo Zemelman en relación al proyecto político intelectual que es IPECAL.

INTRODUCCIÓN

En un texto como éste no haría falta una *introducción* y por ello se le dedicarán sólo pocas líneas. Pues, normalmente la introducción cuenta, muy sucintamente, el proceso por el cual el autor se ha encontrado con y ha construido su campo de observación. En el caso de esta obra y, no conformemente, sino concordemente con la propuesta epistémico-metodológica del Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina (IPECAL),¹ la larga historia de este encuentro del autor con el campo de observación ocupa todo el primer capítulo, y retorna en parte del segundo, pues se considera momento fundamental no sólo del proceso de construcción del horizonte temático, sino del mismo proceso investigativo, es decir de lo que usualmente se llama “trabajo de campo”, y que empieza no sólo cuando el investigador entra a dialogar con los sujetos externos, sino ya desde el momento en que empieza a interrogarse sobre sí mismo, sobre sus propias marcas vitales, sobre la marca fundante, sobre la afectación estructurante de su subjetividad, para luego construir un ángulo de mirada que permita articular todo ello con marcas sociales, síntomas y síndromes de época.

Zemelman alertó muchas veces sobre la necesidad no solo de colocar el mundo en el sujeto, sino también de colocar el sujeto en el mundo, y tal vez esta sea el núcleo intencional cohesivo de este texto. Es decir, superar la dicotomía dilemática de un subjetivismo ensimismado y psicologizante asumido como antagonista de una mirada de corte estructuralista y funcionalista: superar esta dicotomía intentando articular la subjetividad con un tejido de relaciones sistémicas y también estructurales, en las cuales la subjetividad se

¹ Esta obra surgió como resultado de un proceso de investigación dentro de este instituto, por lo que responde a la propuesta epistémico-metodológica del mismo.

mueve, que la subjetividad habita, y está determinada por ellas, a la vez que es determinante de las mismas; así, se puede llegar a entender que la subjetividad se coloca justamente en el punto de máxima implosión tensional entre lo determinado y lo indeterminado, entre *lo dado y lo dándose*, entre el reconocimiento de las ya definidas coyunturas históricas y la incorregible dinámica herética de la misma historia, que siempre nos convoca a lo nuevo, a lo inédito, a lo crítico, a lo creativo, al despertar, como diría el mismo Zemelman, de nuestro “guerrillero interior”.

Al respecto, dice Lazzarato (2018), recuperando las intuiciones de Gabriel Tarde:

La *unidad* de cada fenómeno remite a la variación, a la fluctuación, o incluso a un régimen temporal caótico: un equilibrio móvil que vuelve sobre sí, como un *ritornelo* musical o una *suite* armoniosa de movimientos, o incluso los remolinos de un río. El *todo*, sea cual sea, es como un pliegue, como una onda que, al hacer parte de los movimientos del mar, los singulariza. Lo que captamos como sustancia, como ser, no es en realidad más que un remolino, un pliegue que funciona como un relé, como un intercambiador de relaciones inestables, fluctuantes, que circulan en la cooperación intercerebral conforme a un régimen temporal no lineal... (p. 126)

Articulación entre unidad, variación y fluctuación, entre el *todo*, las singularidades y las multiplicidades, entre sustancia, relaciones inestables y fluctuantes: son otras palabras que expresan esta necesidad de articulación del sujeto con el mundo y de éste con el sujeto, que a su vez representa la orientación epistémica, metodológica, ética y política de este texto.

Y es por todo ello que ha sido necesario vivir un proceso de construcción de conocimiento no lineal y unidireccionalmente ordenado, sino un proceso de nomadismo epistémico, variante, fluctuante, casi diríamos rizomático. Y, sin embargo, esta apertura a lo inédito, a lo nuevo, a lo sorpresivo, a las líneas de fuga para escaparse de itinerarios preestablecidos, esto antiteleologismo investigativo, no significa caos, anómico vagabundear sin rumbo alguno, sino cierta artesanal e intuitiva disponibilidad a la reorientación permanente, a un permanente redireccionamiento. Por ello que el texto podrá parecer, en algún momento, como perderse, o volver sobre sí mismo, o dando vueltas aparentemente inútiles. Pero, hemos preferido presentarlo de esta forma más directa y fiel, sin reordenarlo demasiado en

la fase de redacción y estructuración, para que pudiera mejor reflejar las andanzas productivamente erráticas que fueron propias del concreto proceso investigativo.

Este texto, finalmente, se centra sobre la recuperación del sentido político de las emociones, y en particular de la *nostalgia*, en el mundo de la modernidad radical, posmodernidad, *segunda modernidad*, *modernidad líquida* o *modernidad tardía*, como se quiera llamarla, pero sobre todo en el contexto de lo que se ha llamado el *capitalismo cognitivo* o el *capitalismo de la emoción*. Creemos que ésta es la apuesta más desafiante, y más azarosa, de todo este largo recorrido : recuperar este sentido político de la nostalgia, desde un ángulo de mirada que debe la pugna, justamente política, que en este campo emocional se está dando entre un proyecto regulatorio y un proyecto de liberación, que finalmente significa una pugna entre una voluntad sistémica de sumisión de la emocionalidad a la lógica de la mercantilización, y una *contravoluntad* que apunta y lucha para preservar la lógica humana, resistente, resiliente y rebelde, antisistémica de los pluriversos emocionales que habitan las subjetividades históricas.

Apuesta desafiante y azarosa, decíamos, cuyo resultado no estará determinado por este texto, sino por las concretas prácticas de los sujetos históricos en sus luchas por un modelo civilizatorio alternativo.

Giampietro Schibotto

CAPÍTULO I

Metalectura de andanzas nómadas: entre desterritorializaciones y reterritorializaciones epistémicas

Los primeros pasos: colocación, sujeto, excedente de realidad. Entre lo epistémico y lo teórico

Los primeros *círculos de reflexión*¹ fueron una sorpresiva experiencia, ante todo humana y relacional, que todavía hoy añoro, pues inevitablemente con el transcurso del tiempo algún sarro de rutina se fue depositando en las prácticas semanales de las reuniones.

Recuerdo que las primerísimas aperturas, que me hicieron entender que ya estaba instalado en un nuevo y desconocido territorio, fueron una reflexión de mi coordinador sobre el hecho de que el tiempo no es esencialmente un conocimiento, sino una experiencia; la expresión de Zemelman (2007) sobre el *excedente de realidad* (p. 151), y otras expresiones del mismo Zemelman sobre la necesidad de dejar la voluntad de nombrar apresuradamente los fenómenos y más bien hacerse la pregunta sobre “cuántos nombres puedo darle a un fenómeno” (Rivas Díaz, 2005, p. 5). Finalmente, lo que me afectó en lo profundo fue una expresión, otra vez del mismo Zemelman (2010a), referida al ser humano que se coloca “en el punto de tensión entre lo que lo determina y lo que no lo determina” (4m. y 17 s.).

¹ Los *círculos de reflexión*, en la concreta praxis didáctico-formativa de IPECAL, son grupos de estudiantes-investigadores que, con la ayuda de un coordinador, se reúnen semanalmente para un proceso permanente de construcción de la que podríamos definir una *comunidad de conocimiento*, la que se alimenta de reflexiones comunes, de lecturas, de momentos de escrituras críticas.

Fueron éstos los primeros pasos, que se entretajeron con los ejercicios de escucha, de reflexión, de devoluciones y retroalimentaciones en los círculos. Paulatinamente fui descubriendo focos de tensión interior, que empezaron a concretar una suerte de anzuelo epistémico por el cual me dejé pronto atrapar. Debo decir que emocionalmente fueron momentos de profundos asombros y de un sentido comunitario muy denso y tal vez tenso en las relaciones que se iban constituyendo con los compañeros de círculo y con el coordinador, al punto que propuse de llamarlo, en lugar de “círculo” (palabra que no me gustaba ni me gusta, por aludir a un espacio cerrado), una *comunidad de reflexión*. Todavía no me resultaba claro, pero lo que experimentaba era una progresiva convocatoria a lo nuevo, a lo inédito, a lo todavía no nombrado. Se instalaba una productiva, aunque también inquietante, *episteme de flujos*, en lugar de una *teoría de cristalizaciones*. Recuerdo que esperaba con mucho deseo estas conversaciones, en general virtuales, en las cuales empezó pronto a circular también afecto, empatía, respeto, reconocimiento.

En particular los primeros interrogantes que empezaron a perfilar un proceso de desparametrización giraron alrededor de la “colocación”, el “pensar categorial”, el “sujeto”.

Empecé interrogándome sobre la etimología de la palabra “colocación”. Es derivada del verbo “colocar” y viene del latino “*cum*” (complemento de compañía o medio) y “*locus*”, que significa lugar. Entonces colocación es poner o ponerse en el lugar adecuado. De allí surgió la pregunta de cuál es el “lugar adecuado” en donde se tendría que colocar el sujeto, o donde tendría que re-colocarse, puesto que antes estaba en el lugar equivocado.

Zemelman nombra este lugar preferentemente con dos expresiones que casi se presentan sinonímicas: “circunstancias” y “condición histórica”. Por ejemplo, en “Pedagogía de la dignidad del estar siendo” (Rivas Díaz, 2005) dice que “se rescata la colocación del sujeto frente a sus propias circunstancias” (p. 6) y en “Configuraciones críticas” (Zemelman, 2011) dice que “buscamos definir un ángulo para la construcción del conocimiento que refleje la exigencia de colocación ante las circunstancias del sujeto en su condición histórica” (p. 37).

Pareciera entonces ya todo resuelto de forma muy sencilla: “colocarse” es situarse frente a una realidad que no sea abstracta sino concreta, es decir conformada por las propias “circunstancias” del

sujeto, así como se dan en un determinado contexto histórico. A su vez “circunstancias” deriva del latino *circum* + *stantem*, es decir, lo que me rodea, lo que está alrededor.

Sin embargo, el problema se me complicó porque “colocarse” en el lenguaje de Zemelman indica un particular tipo de relación con las propias “circunstancias” y con el contexto histórico. Colocarse, dice Zemelman (2010), no es en primer lugar “zafarse” de mis circunstancias, es decir olvidarlas, pensar, conocer, desear, como si estas circunstancias no existieran. La “circunstancias” son lo que me determina, son mis determinaciones históricas de las que no puedo desprenderme. No puedo fingir que no existan.

Esto fue un descubrimiento muy importante y, años más tarde, volví a encontrarlo sobre todo en *El principio esperanza* de Bloch (2007). Sin embargo, más importante todavía fue entender que si nos quedáramos en esta vertiente de la “colocación”, la palabra adquiriría un sentido exclusivamente pasivo, de aceptación sumisa de las circunstancias y del mismo contexto histórico: la “colocación” en este caso equivaldría a una absoluta inmovilidad, consciente tan sólo de las determinaciones pre-constituidas, de manera que la “colocación” sería sólo un conocer y grabar lo dado.

Paulatinamente, entendí que es aquí donde Zemelman aclara la doble vertiente de la “colocación”, pues, como dice, “colocarse” es ponerse, como ya se ha recordado, en el “punto de tensión entre lo que me determina y lo que no me determina” (2010a, 4m. y 17 s.): éste es el nudo clave de la palabra “colocación”. Y es que el sujeto se “coloca” cuando entiende que las circunstancias son sí un conjunto de determinaciones dadas, pero también son potencialmente un conjunto de determinaciones posibles, que la subjetividad misma puede volver reales con su capacidad de deseo, de proyecto, de actuación. Es esto lo que Zemelman llama el *excedente de realidad* (2003, p. 33), es decir lo todavía no significado, no determinado, no nombrado, y que, sin embargo, es potencialmente *significable*, determinable, nombrable. Es en esta dialéctica de reconocimiento del límite y reconocimiento de la superabilidad del límite que adquiere sentido el término zemelmiano de “colocación”. Si no reconozco el límite que se condensa en las circunstancias, invento presentes y futuros que no son potenciales ni potenciables; si reconozco el límite, pero no reconozco su superabilidad, me condeno a la inercia frente a las determinaciones dadas.

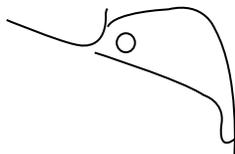
Todo ello fue como una suerte de imán que convocó a otras categorías encontradas anteriormente, contemporáneamente, posteriormente: el análisis de Max Neef (1986) sobre la necesidad entendida no sólo como carencia sino también como energía que me impulsa al movimiento; el viejo pero siempre útil concepto ordenador de *resiliencia*; la construcción de un enfoque que pusiera en movimiento la espiral de vulnerabilidad-generatividad; el existencialismo activo de Albert Camus, sobre todo en la novela *El extranjero* (2012) o en el ensayo *El hombre rebelde* (2013); la misma categoría de “enactuación” de Varela (2009) bien podría interpretarse, leerse categorialmente, como la forma en que se relacionan entre ellos lo determinado y lo indeterminado de la subjetividad; o, finalmente, toda la reflexión que está tomando cuerpo sobre la “filosofía de la cura (del cuidado)” y sus razones ontológicas, fundamentadas en el hecho de que “somos seres en la posibilidad” (Stein, 1994, p. 71). Pienso ahora que esta última autora citada escribe en 1950, un año antes de que yo naciera. Ahora la vuelvo a encontrar con mis 67 años a cuestas, con la experiencia ipecaliana a cuestas, con muchas lecturas a cuestas. Pero sobre todo con muchas experiencias y muchas emociones vividas. Mi vida trascurrió realmente y no teóricamente en este delgado hilo de malabaristas sobre el cual caminamos, siempre con el riesgo de caer por un lado del abismo, donde estaríamos atrapados y esclavizados por nuestras determinaciones, o, por el otro lado, donde olvidando nuestras determinaciones no lograríamos construir proyectos de futuro, sino tan sólo estériles imaginarios sin raíces históricas. Descubrir todo ello fue mucho más que un entendimiento intelectual de una categoría teórica, sino la *desencriptación* de algunos de los fundamentales y complejos jeroglíficos en los cuales, dentro de mí, estaba depositada la historia de mi vida.

Me acordé en aquellos momentos de un juego que se encontraba en una publicación de enigmística cuando era chiquito. Proponían dos pequeños segmentos y luego los lectores tenían que completarlos según su imaginación. Supongamos que los segmentos fueran los siguientes:

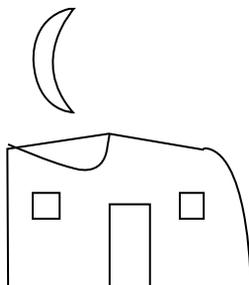


De allí pueden salir varias figuras, por ejemplo:

Pez aguja



Luna sobre una casa



En un cierto sentido, podríamos decir que las primeras dos líneas de partida son las determinaciones de mis circunstancias; éstas no han sido simplemente reconocidas en sus datos, sino que han sido potenciadas por la intervención de una subjetividad que ha construido lo que todavía en un primer momento no estaba dado, pero sí podía potencialmente darse.

Ahora, el jueguito de los dibujitos hasta cierto punto puede representar metafóricamente el “colocarse” del sujeto frente a sus propias circunstancias históricas, pues no grafica otro elemento importante de la “colocación”, es decir la idea de las “opciones”, como las llama el mismo Zemelman. Frente a una realidad dada, el sujeto descubre un excedente de realidad que es la *realidad potenciabile*, que todavía no está dada ni determinada, ni conocida, pero que puede serlo en fuerza de la proyectabilidad creativa del sujeto. Pero no hay sólo un excedente posible de realidad, sino que hay muchos futuros potenciales, hay muchas “opciones” de futuro posibles. Elegir una opción es una operación valórica, es decir, se guía por un valor que le da un sentido a la opción misma. Sin embargo, el valor en sí no me garantiza la “viabilidad” de mi opción en el determinado contexto en que me “coloco”. Y si el valor no es viable no será un futuro posible, sino que se quedará en el plano del deseo. Por otro lado, no

puedo renunciar a mis valores tan sólo para alcanzar la viabilidad. Es allí entonces donde la palabra “colocación” adquiere todo su sentido: “colocarse” es construir un proyecto de futuro potencial, según una opción valórica que sea viable, es decir, “potenciar lo potenciable”.

Esto resultó ser para mí no tanto un piso estable de una construcción paradigmática, sino un horizonte de orientación en una aventura de permanente nomadismo, en donde se iban encontrando otras huellas, olores y potenciales, aunque permanentemente móviles, cartografías de territorios inéditos.

Fue así que empecé a encontrarme con el *sujeto*, al comienzo ectoplasmática presencia omnívora, pero también sumamente borrosa, luego como un juego de prestidigitación de definiciones que uno busca para tranquilizarse y que cada vez lo inquietan más; en fin, llegué a la comprensión de que el sujeto es como el *tao*: “el tao que se nombra no es el verdadero tao” (Lao Tse, 1999, p.5).

Sentí allí que el intento de capturar al sujeto es contemporáneamente vano, pero útil, pues acercándonos a él, se aleja y, aunque la distancia sea la misma, igualmente se ha recorrido un tramo del camino. Como en la pintura *El matrimonio Arnolfini* de Jan Van Eyck, donde el espejo cóncavo convoca a la intuición de otra realidad que molecularmente se mueve más allá de lo que casi con prepotencia se coloca en primer plano.



Y todavía hoy sigo intentando relacionarme con esta “forma del agua” (Del Toro, 2017), aparentemente inconsistente, pero protagonista en todos los grandes eventos geológicos y sabia de la forma misma de la vida.

También me resultó divertido, y a la vez epistémicamente productivo, hacerme preguntas erráticas, errabundas, undívagas sobre el sujeto, preguntas que me surgían también de mi antiguo vicio de

docente gramatiquero en Italia y en Cuba, y que me permitían conectar a la palabra “sujeto” distintos tiempos y espacios de mi vida.

Redescubrí, por ejemplo, que en sí la palabra “sujeto” pertenece a un grupo muy particular de otras palabras, cuyo idéntico origen etimológico abre, sin embargo, los más variados y hasta antinómicos campos semánticos.

Deriva del latín “*sub-iectum*”, literalmente “arrojado, puesto, echado abajo”. Cambiando la preposición encuentro un sinnúmero de palabras etimológicamente afines: *ob-iectum* (puesto de frente), *ad-iectum* o *ad-jetivo* (puesto al costado), *ab-iectum* (que se echa fuera de una comunidad por ser inaceptable), *e-iectum*, *e-iección* (que se echa fuera de un lugar), *in-iectum*, *in-iección* (que se echa dentro), *pro-iectum* (algo que se echa hacia el futuro), *re-jectum* (echado nuevamente, como reiteración de un rechazo), *intro-iectum*, *intro-iección* (echado hacia la interioridad), *tra-iectum* (lo que me lleva a través de algo), etc.

De allí una primera consideración que se instaló en mí: etimológicamente la palabra “sujeto” pertenece a una familia muy numerosa, aunque los lazos de parentesco etimológico no garantizan una efectiva consanguinidad semántica.

Regresando propiamente a la palabra “sujeto”, desde una mirada etimológica, se me develó que nos encontramos frente a una evidente e interesante ambivalencia. “*Sub-jectum*” indica algo que en cuanto “puesto abajo” resulta sometido, dominado, colonizado, víctima pasiva de algo que desde arriba lo controla y lo esclaviza. Es en este sentido que se dice “estar sujeto a...”, “sujetarse a...”. Por ejemplo: “Los ancianos están sujetos a numerosas enfermedades...” “El dictador sujetó al pueblo con la fuerza de las armas...”

Pero podemos dar otra interpretación a la misma etimología. “*Sub-iectum*”, lo que está puesto abajo, en este caso es lo que, por ser puesto en un lugar no de superficie, no resulta inmediatamente visible, es algo que está escondido, está en una dimensión profunda, no superficial, indica algo como las raíces de los árboles que son “sujetos” en cuanto están puestas abajo, pero justamente por ello son lo más esencial para la vida y la circulación de la savia que alimenta a los árboles mismos. En este sentido, la etimología de la palabra *sujeto* remite a una dimensión de intimidad, de interioridad, de algo

que se forma en los espacios secretos, crípticos, reservados, casi tímidos, pero potentísimos de la construcción de sentidos y significados. Como el mar, cuya vida más auténtica y rica se fecunda en las profundidades, es lo que “está abajo” (*sub-iectum*), mientras que en la superficie tan sólo se da una apariencia de vida, que no toca el misterio.

Recordé, para rematar, que la palabra “sujeto” también expresa dos categorías gramaticales. Una se refiere a una categoría sintáctica, la del “sujeto” de una oración. Es muy difícil definir esta categoría. Si les han enseñado que el “sujeto” es el que cumple la acción, nada más equivocado, pues en una oración pasiva la acción la cumple el complemento de agente y con un predicado nominal, como “Luis es bello”, nadie cumple acciones. Y ¿entonces? Sádicamente y masoquísticamente me la dejé y me la dejo como pregunta abierta.

Luego existe el modo verbal que se llama “subjuntivo”. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con la subjetividad? También en este caso si les han enseñado que el “subjuntivo” es el modo de la “posibilidad”, contrapuesto al indicativo que es el modo de la realidad, ¡no lo crean! En la oración “Estoy muy contento de que tú estés aquí” se habla de algo absolutamente real y, sin embargo, el uso del subjuntivo es no sólo correcto sino obligatorio. ¿Entonces qué ligazón hay con la subjetividad? Otra sádica pregunta que se quedó y se queda abierta.

Pero todo ello, en la metalectura de mi proceso de formación, no sólo resultó en una saludable, aunque a veces sufrida, re-problematización radical, radicante, radiante, azarosa, rizomática del manejo de esta prodigiosa palabra “sujeto”, sino que me aclaró algo que Zemelman colocaba como línea de demarcación entre el *pensar teórico* y el *pensar epistémico*: el negarse a nombrar las cosas y más bien el abrirse a la pregunta fundamental, fundante, profunda, fundadora, confundida, profundida, difusa y difundida de cuántos, tal vez interminables, nombres puedo ponerle a una cosa.

Ah, ¡el sujeto y la subjetividad! Creo que es lo que menos he entendido y lo que más me ha penetrado. Hoy podría decir que me acompaña como borrosa pero permanente compañía, amigable y cuestionadora presencia en mi cotidianidad, así como en mi relación con mi propia coyuntura histórica; penetra mi íntimo espacio emocional, conmigo se pone a oler horizontes de vida y horizontes de muerte, les da sentido a mis penas, significa mi sufrimiento, perfila

semas en mis dichas, circula en mis venas reales y metafóricas, construye mandalas de potenciaciones, deconstruye y reconstruye, incansablemente, puentes entre el camino y el caminante, *flatus* generativo que impulsa las cosas a dotarse de un alma para poder dialogar y ser dialogadas, que impulsa el mundo a instalarse en mí y me impulsa a instalarme en el mundo.

Y luego (o tal vez al mismo tiempo) uno se encuentra con el *pensamiento categorial*

Y es que yo, antes de entrar en este torbellino de un nuevo alfabeto epistémico, tan críptico que el cuneiforme babilonés casi se parece en sencillez a las letras de un preescolar, pensaba en lo categorial, en la categoría, en el categorizar, como en algo que lo cuadra todo y te lo devuelve empaquetado y empilado en filas uniformes y numeradas de clasificaciones y ordenamientos inmóviles y positivísticamente (¿cadavéricamente?) rígidos, y, además, presumidos como caballero de alta alcurnia.

¡Vaya desparametrización! Allí sí que me tocó destriparme vísceras epistémicas, que casi se habían naturalizadas en mí, y llegar a entender, siempre con aquella tónica de confusión que deja abiertos otros campos de posibilidades, que pensar categorialmente significa construir significados instalados históricamente, lo que a su vez nos lleva a la necesidad no tanto de deshacerse de la teoría y del saber acumulado, sino de evitar de pensar desde la formalización de la teoría y optar por pensar desde lo fluyente de la historia, desde donde –y sólo desde donde– puedo recuperar, resignificándola, la teoría.

Esto conlleva el rescate contemporáneo del sujeto y de las circunstancias históricas específicas. A su vez todo ello supone pensar no en objetos, según una lógica clasificatoria y explicativa, sino en situaciones (Jullien, 2017), en momentos, y también pensar al sujeto en situación de relación con otros, es decir, contextualizar al sujeto, pensando el contexto como conjunto de relaciones. En el pensar históricamente se van articulando dos movimientos permanentes, el del sujeto y el de los procesos históricos. Este doble movimiento hace que en el pensar histórico el sujeto se coloque frente a sus

circunstancias históricas y todo ello supone saber resemantizar los significados, pues nada está determinado, completo, concluido, sino que todo está siempre reiniciándose, acabándose y reiniciándose nuevamente. Por esta misma razón, el pensar históricamente es una permanente alerta en no dejarse atrapados en *un* significado, sino estar siempre orientados a la construcción de problemas.

Entendí que el camino estaba diseminado por trampas. La primera se refiere al *arquetipo* de racionalidad científica en el que se ha encontrado envuelto el conocimiento social, pero bien podríamos decir el conocimiento en general. Se trata de un arquetipo que se modela según la racionalidad de las ciencias naturales y que busca encontrar regularidades y determinar tendencias que nos capaciten para predecir los acontecimientos. Ello conlleva a que el conocimiento tradicional se coloque desde el presente para reconstruir algo ya acontecido en el pasado. Pero si asumimos la blochiana (Bloch, 1977) transferencia en el punto “arquímedeo” del conocimiento, es decir, si asumimos una perspectiva de análisis orientada desde el presente hacia el futuro, y asumimos la realidad en términos del “dándose del momento dado” (Zemelman, 2003), la única racionalidad posible es no tanto la de encontrar regularidades para predecir determinísticamente lo que necesariamente va a acontecer con base en las regularidades antes descubiertas, sino la de individuar *lo potencial*, el *excedente de realidad*, la reactuación posible del hombre histórico, todas dimensiones, sin embargo, que no están garantizadas de antemano por una filosofía teleológica de la historia, sino que se están peleando en la praxis histórica con otras alternativas potenciaciones posibles.

Fue para mí un gran descubrimiento avizorar que no hay que construir conocimientos poniéndose ante la realidad como ante un conjunto de “objetos” determinados y acabados, con una intención meramente explicativa, sino ante un “horizonte de posibilidades” todavía no acabadas, en “construcción” (Zemelman, 2010). Todo ello le da una vuelta fundamental al método de construcción de conocimiento, pues ya no se trata de un conocimiento entendido como un reflejar una realidad dada y acabada, sino como un bucear dentro de una realidad que está en movimiento, todavía en constante

repensamiento de sí misma, disponible a versiones distintas de sí misma, todavía abierta a una multiplicidad de futuros posibles.

El conocimiento no puede identificarse con un objeto determinado sino más bien con la construcción de un campo problemático. Esto es algo sobre lo que insistió mucho también Estela Quintar en un importante seminario. Metodológicamente, no hay que proceder según la modalidad hipotético-deductiva, sino a través de la construcción de un problema. Y es que el primer camino metodológico, el hipotético-deductivo, formula de antemano una jaula (la “hipótesis”) con la cual se pretende “capturar” la realidad; es decir, que antes de acercarme a la realidad y antes de escucharla ya la predetermino con un esquema interpretativo que no nace de la realidad sino de la teoría. El famoso “marco teórico” que siempre les pedimos a nuestros alumnos, tal vez caiga en este sobreentendimiento metodológico, por lo cual, al final se escucha más al marco teórico que a la realidad y si esta última no se corresponde al primero, la ajustamos a la teoría.

Partir de un problema significa, por lo contrario, no dar un nombre a las cosas, sino sembrar preguntas alrededor de la realidad, interrogarse sobre distintas miradas y distintos ángulos de razonamiento, ir olfateando los posibles puntos, no tanto de confirmación de las hipótesis, sino de ruptura, de quiebre, de derrota de las hipótesis, individuar los elementos aparentemente inconexos de la realidad que interrogamos, y sobre todo dejar que hablen los sujetos y que no sean nuestros discursos que se impongan a los sujetos. Es lo que Bárcena Orbe (2000) llama “el aprendizaje como decepción”:

En efecto, todo aprender comienza con un primer momento de inexperiencia. La inexperiencia, el no ser expertos, es fundamental para poder aprender algo. Si no hay atribución de ignorancia ni habrá posibilidad de enseñar ni tampoco posibilidad de aprender. Para poder aprender tenemos que partir de un grado de conciencia de que no sabemos, de que carecemos de experiencia. Más todavía, nuestro primer esfuerzo consiste en reconocernos como seres capaces de equivocarnos en nuestra capacidad para atribuir al mundo, a sus objetos y a sus sujetos, a los demás hombres, determinadas intenciones, creencias o sentimientos (p. 23).

Más importantes que la teoría son, por un lado, las circunstancias históricas y, por el otro, las voluntades que en ellas operan. Por ello es fundamental el pensar histórico y la noción de *experiencia histórica*, que permiten que maduren visiones posibles de reactivación y transformación, sin fijarse en los límites abstractamente pre-fijados por la teoría. Entonces, es muy importante entender que las circunstancias históricas definen, como ya se recordó, un específico y particular campo de tensión entre “lo que me determina y lo que no me determina”, es decir, un campo de tensión entre las estructuras sociales y los movimientos sociales, que a veces no son imponentes sino micromoleculares, o si queremos entre viabilidad y voluntad, o, en fin, entre una opción valórica y su efectiva capacidad de potenciarse como proyecto de cambio.

En este sentido, construir conocimiento histórico significa por un lado interrogar la realidad de forma contextualizada, es decir develar las concreciones concretas y no inventadas que se dan en un determinado momento, hecho de coordinadas espacio-temporales; al mismo tiempo, indagar cuáles son los sujetos que operan en ésta y no en otras coyunturas históricas, para poder de allí indagar los nudos de articulación posibles y así hacer viables los proyectos de las voluntades colectivas que expresan opciones valóricas compartidas.

Por ende, hay que metodológicamente, entrenarse en una “forma de pensar situada en la perspectiva de una exigencia de futuro que se quiere transformar en realidad concreta” (Zemelman, 2001, p. 37). Desde allí la crítica al método histórico-genético que fundamentalmente se basa en la determinación y extrapolación de regularidades.

Fue duro confrontarme con todo ello y quizás no sirvió a mucho, pues siento que todavía mi antiguo vicio eurocéntrico de explicarlo todo con los arrogantes algoritmos de la “razón metonímica” (De Sousa Santos, 2009, *passim*) sigue fuerte en mis remotas entrañas. Y, sin embargo, pienso que algo sucedió en mí. Cierto, no el milagro de devolverme a una incontaminada condición presocrática (o prerrenacentista, o precartesiana, o preilustrada, como prefieran, allí donde cada cual coloque la delgada línea histórica, cuando se manchó bacteriológicamente el alma del hombre de occidente, que se descubrió sabelotodo y al mismo tiempo comándelotodo); pero, sí por lo menos el depósito de una pizca de dudas, una pizca de

disponibilidad a la apertura, una pizca de voluntad de desarmar y rearmar cosas y pensamientos.

Debo decir que emocionalmente todo ello aconteció en un determinado momento de mi ciclo vital, ya adulto mayor y con necesidades y deseos interiores que iban más hacia el descanso que no la aventura epistémica. Todas las andanzas antes recordadas, en mi caso particular, me permitieron resignificar también mi condición de adulto mayor, que ya se aproxima a la vejez. Esta idea de Zemelman (2003) de la historia, no como teleología sino secuencia de instantes sucesivos, me ha permitido recuperar emocionalmente la dimensión de un presente que de por sí tiene valor y no sólo en relación a la amplitud del horizonte de futuro que nos queda por delante. Estemos donde estemos, siempre es posible buscar algo potencialmente: no la fuente de la eterna juventud, sino el sentido limpio y proyectivo del propio atardecer.

De ello me di cuenta no tanto con el cerebro, sino en la forma en como empezaba a vivir ciertas experiencias, y lo que dejaban depositado en mí, y las huellas que colocaban en mi subjetividad.

Así una vez, regresando de la selva, tuve la necesidad (¿el deseo?) de escribir este poema:

Línea de niebla

Tu luz es la vida
sin determinaciones,
lagartija al sol de una
milenaria inconsciencia.

Mi sombra es una geometría
ya incoincidente,
hoyo negro de un próximo vacío.

Tu luz es la materialidad
de un cuerpo que piensa
con gravitaciones de estrellas
incontaminadas.

Mi sombra es la arritmia
de los latidos del alma,

cuando hasta la memoria
es un ciego murciélago.

Si me propones encontrarnos
sólo puede ser en esta
frágil línea de niebla,
donde tu luz se filtre en la ternura,
mi sombra se ponga máscara
de amanecer.

Otra vez, lo que me hizo entender el sentido profundamente humano de mi transitar epistémico, fue la forma resignificada, la intensidad, la dedicación interior, la profunda relacionalidad con que retrabajé en mi interioridad la experiencia vivida con un habitante de calle. A través de esta experiencia resemantizada pude entender tanto lo relacional de cada conocimiento, así como el juego transaccional de las afectaciones que nos conducen a la co-construcción epistémica. En fin, el darse de un sistema observante en donde el observador y el observado se fusionan en un diálogo solidario y reflexivo.

De este habitante de la calle no conocía su nombre. Su cuerpo se movía casi como lo de un muñeco, pero las asimetrías claudicantes concretaban un sufrimiento físico que nada tenía de ficción. Su edad: era todavía joven; llevaba su suciedad con naturaleza y casi con una suerte de remota armonía. Sonreía con frecuencia y tan sólo el descuido de su apariencia lo detectaba como un habitante de la calle, único ámbito que la militarización escondida de las geometrías urbanas le concedían para seguir existiendo. Era uno de los tantos “excedentes humanos” (Forrester, 1997, *passim*) que produce esta nuestra sociedad de sangre y maquillaje. Pero su humanidad resistía, se escondía en insospechados ríos secretos de su cuerpo y de su alma: en sus ojos que permanecían sinceros, en su canto discreto que te regalaba de vez en cuando, en su voz de niño imprevistamente crecido, en la serenidad de su desamparo.

Nunca pedía limosna. La aceptaba si se la daban, pero nunca la pedía. Era un ser manso, en mi idioma se dice “*mite*”, y la sonoridad de ambas palabras es tierna, sin consonantes duras: el lenguaje como conjunto de significantes que se semantizan, sobre todo a través de sus sonoridades, del que nos habla Zemelman (2007).

Un día nos cruzamos por el camino. Lo saludé e hice el gesto de buscar en el bolsillo una moneda para ofrecérsela. Y él me dijo: “Gracias, pero no se acerque mucho, pues huelo feo. El hecho es que yo me orino a veces en los pantalones y huelo feo”. Y me lo dijo con total y absoluta inocencia, en una forma que no violaba su intimidad, sino que casi se la ofrecía como un don, un signo de confianza y afecto. Me acerqué y efectivamente olía feo, pero igual le puse una mano en el hombro y le dije que no se preocupara. Me miró y por un instante me pareció como si pudiéramos encontrarnos, solidarizarnos, encontrar un espacio común. Pero sabía que no era realmente así, que él muchas veces me había invitado a su casa que era la calle y que, al contrario, yo nunca lo iba a invitar a la mía o tal vez lo haría por un momento, pero en realidad no compartiríamos nunca nuestros espacios de vida y de segmentación social. Estaría, en mi vida diaria, más cerca del enemigo que de él, aunque durante toda la vida me conté el cuento que por él habría luchado y sufrido. Y supe que no sería suficiente un gesto, una emoción, flébil como el suspiro de un moribundo, una momentánea afectación como para borrar de mi biografía años, décadas, siglos de cobardía y de desconocimiento de mis hermanos anónimos y desaventurados.

Desde esta relación (¿lectura categorial?), releí, con este hombre del subsuelo en el alma, el breve texto *El ángel de la historia* de Walter Benjamín (2008):

Hay un cuadro de Klee que se llama *Angelus Novus*. En él se representa a un ángel que parece como si estuviera a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irretentiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos *progreso*. (p. 310)



Entendí, entonces, que el hombre que se orinaba en los pantalones me había hecho un gran don. Me había permitido leer aquel texto desde una afectación relacional con él que me había abierto una distinta mirada de lectura, pues desde cada línea de las palabras de Benjamín emergía ahora su rostro, un rostro manso que me miraba con ternura, pero al mismo tiempo, de alguna forma, me decía también que no sabía si, cuando llegara el tiempo, podría perdonarme mi ausencia.

¿Qué más de esto (pido perdón por la inmodestia) se podría decir sobre el pensamiento categorial? ¿Cabe todo esto en lo que me han pedido como metalectura de mi proceso de formación en IPECAL? Pienso que sí, que una metalectura, en actitud epistémica y no teórica, tiene que no ser simplemente un frío listado de logros o no logros, de éxitos y fracasos, sino la toma de conciencia de las experiencias concretas, de los rostros, de los *otros* en que estos logros o no logros formativos se encarnizaron, dolieron y dieron dicha.

El conocimiento como *construcción*, lógica de razonamiento y la importancia de “lo metodológico”

En realidad, me costó mucho entender la insistencia con que en un cierto punto en los círculos, los seminarios y las evaluaciones se impuso el asunto de lo metodológico. Y, además, era algo que casi no se podía circunscribir, tantas eran las recurrencias de la pregunta sobre esta divinidad de lo metodológico. En realidad, hasta llegué a una suerte de intolerancia hacia esta insistencia, que me parecía un tanto exagerada, arbitraria y terca.

Finalmente, a un cierto punto, pude salirme de un ángulo de mirada que sopesaba lo metodológico en sí y no lo articulaba con el conjunto de la apuesta epistémica ipecaliana. Creo que ello ha sido un momento epocal, casi diría civilizatorio, en mi proceso de formación. En primer lugar, entendí la importancia de la articulación y sobre todo entendí la articulación que conecta la apertura al sujeto como constructor de conocimiento, la pregunta sobre la lógica de razonamiento, y justamente la permanente interrogación sobre lo metodológico. Pues si el conocimiento no está dado sino que se construye, si el conocimiento no se recicla sino se crea, si la apuesta epistémica es una convocatoria a la novedad (a lo inédito, a lo que no tiene nombre, a lo todavía inefable, a lo aún encriptado), si nuestra militancia epistémica se manifiesta en una actitud hospitalaria a lo misterico de la realidad, que nos invita a nombrarlo y al mismo tiempo nos invita a abrir líneas de fuga para que se escape de los nombres que le damos: si todo ello es nuestro perfil epistémico, entonces lo metodológico surge como pregunta madre, la pregunta de las preguntas.

Pero también en lo metodológico, el conocimiento es movimiento por el cual las tablas sinópticas se animan en la movediza relación de los *inputs* que vienen de textos, maestros o coordinadores y los procesos de metabolización de nuestra propia subjetividad, alimentada no sólo por sí misma sino por el complejo juego de devoluciones y contradevoluciones que continuamente se instalaba en los círculos. Fue desde esta colocación que quise entretejer *inputs* metodológicos externos y resonancias interiores, que a su vez me remetían a otros destinos externos, en un intercambio nunca acabado de adentro y de afuera. Todo ello se concretó en un pequeño texto que quiero reproducir en esta ocasión, pues me parece que, entre otras, también tiene tinte de metalectura.

INPUTS METODOLÓGICOS

(o sobre una sesión del seminario con Estela Quintar)

1) *Pensar siempre desde una necesidad*

El pensamiento nunca es aséptico, obligado, impuesto, rígidamente enjaulado en un currículo, sino que es un movimiento vital que responde a un vacío, a un interrogante, a una necesidad del sujeto,

necesidad entendida, en el sentido de Max Neef (1989), no sólo como carencia sino sobre todo como impulso que anima, que movi-
liza, que agita.

2) *Estar siempre en relación con*

“Una filosofía de la humanidad se distingue de una filosofía del hombre por su insistencia en el hecho de que no es un Hombre, hablándose a sí mismo en diálogo solitario, sino los hombres hablándose y comunicándose entre sí, los que habitan la tierra” (Arendt, 1990, p. 76).

3) *Apuntar a la colocación del sujeto*

No somos colibríes que se paran en el aire, sino que *nos* caminamos en la tierra, hecha de lugares concretos en donde tenemos que colocarnos, aceptando la dúplice faceta de que estos lugares son sedimentaciones de un proceso que nos antecede y que también nos determina, pero también son posible territorio de trascendencia de lo determinado y de construcción de lo nuevo.

4) *Construir horizontes de sentido*

Es necesario aprender a escuchar los latidos de los pensamientos; el uso metafórico de las palabras “cerebro” y “corazón” se instala en nuestro imaginario interior y opera una fatal separación entre la lógica de la inteligencia y la gramática de las emociones. El horizonte de sentido es el territorio en donde se suturan las ideas con el soplo vital del sujeto, y todo se anima en una circulación de significados que hace transitar la vida por todos lados.

5) *Investigar para reconocer a los sujetos*

Donde brota lo humano, donde lo antrópico hace que germinen movimientos moleculares, hay siempre sujetos que vivifican lo inerte y mueven lo estático, tanto de la naturaleza como de la historia. Pero los sujetos son complejos: a veces se mimetizan, a veces se presentan en fases aurales de su instalarse en el mundo y en la historicidad, a veces son todavía como evanescentes ectoplasmas. Algunos se anuncian con bombos y platillos y luego desvanecen al primer disparo de la historia; otros avanzan silenciosos, crípticos, modestos,

aparentemente indescifrables y son los que a veces tiene la capacidad de re-escribir el futuro. Por ello hay que tener vista de águila, pero también prudencia, sospecha, terquedad investigativa, pues el entramado es complejo, cambiante como un caleidoscopio, a veces efímero como un “mandala”, otras duradero como época geológica.

6) *Tocar las fibras íntimas*

Lugar donde la lógica
se hace lágrima,
la matemática sonrisa,
la ideología eros,
el eros nostalgia,
la nostalgia el sentido
de una vulnerabilidad
afectuosa
y profundamente
incrustada
en mi fortaleza.
Las fibras íntimas
son la cifra
más púdica
de mi humanidad.
Hay que tocarlas con tacto
para hospedar
sus dones.

7) *Relación entre deseo y significado*

El cuadro de Courbet titulado *L'origine du monde*, los *Sonetos a Orfeo* de Rainer María Rilke, el papá de Cavalcanti en el girón de los hereáticos en el “Infierno” de Dante, las *Cartas desde la cárcel* donde Gramsci escribe a su hijo, el rostro de mi abuela muerta, *Los comedores de papas* de Vincent Van Gogh, el fado portugués, la “polenta”, la *Ofrenda musical* de Bach, *La strada* de Federico Fellini, mi nieto, Anjeza, mi vida, la vida de los otros.

8) *Deseo de insubordinarse*

¿“Nuestro guerrillero interior”, como decía Zemelman?

9) *Pensar desde mi complejidad subjetiva*

Mi complejidad subjetiva: cuerpo, emociones, afectaciones, sueños, sufrimientos, esperanzas, uñas que crecen y hay que cortarlas de vez en cuando, sentidos de futuro y añoranzas del pasado, los que ya se han ido y los que todavía no vienen, la resistencia y la derrota, rostros y *flashes*, la culpa y la redención, el solipsismo y la apertura a los otros, biografía e historia, todas las veces que me enamoré, todas las veces que se enamoraron de mí, mis inconfesables remordimientos, el furor de la política, lo manso de la solidaridad, el enigma que no se desentraña, el anillo en la mano de mi padre muerto, mis excrementos, la paloma de mi alma... así para nunca terminar...

10) *Al mismo tiempo articularme con otros sujetos*

La “articulación” es la categoría que permite superar tanto el escollo del solipsismo, así como el escollo de la que Sousa Santos (2009) llama la *razón metonímica*, que engloba el otro dentro de una lógica de dominio y de nivelación. Articularse con otros sujetos es la respuesta al peligro de la fragmentación y al peligro de la *reductio ad unum*, pues en la articulación se juntan la diversidad y la comunión.

11) *La clave fundamental es la experiencia*

“No hay aprendizaje sin experiencia. No hay genuino aprendizaje al margen de una experiencia, o si eludimos someternos al rigor del acontecer de una experiencia que, en buena parte, se escapa a nuestro control” (Bárcena Orbe, 2000, p.44).

12) *Superar el sistema usual de creencias y los puntos de vista limitados*

Según una vieja leyenda, un famoso guerrero va de visita a la casa de un maestro Zen. Al llegar se presenta a éste, contándole de todos los títulos y aprendizajes que ha obtenido en años de sacrificados y largos estudios. Después de tan sesuda presentación, le explica que ha venido a verlo para que le enseñe los secretos del conocimiento Zen. Por toda respuesta, el maestro se limita a invitarlo a sentarse y ofrecerle una taza de té. Aparentemente distraído, sin dar muestras de mayor preocupación, el maestro vierte té en la taza del guerrero, y continúa vertiendo té aún después de que la taza está llena. Consternado, el guerrero le advierte al maestro que la taza ya está

llena, y que el té se escurre por la mesa. El maestro le responde con tranquilidad “Exactamente, señor, usted ya viene con la taza llena, ¿cómo podría usted aprender algo?” Ante la expresión incrédula del guerrero el maestro enfatizó: “A menos que su taza esté vacía, no podrá aprender nada” (Koan zen).

13) No pasar eternamente de la asimilación a la acomodación, sino llegar a una equilibración entendida como disposición a la ampliación de la conciencia

Un día en un pueblo de ciegos, cuyos habitantes nunca habían tenido experiencia de un elefante, llegó justamente un elefante. Todos se preguntaron: “¿Qué será esta cosa?”. En fin, uno de los habitantes se acercó al animal y le tocó las orejas. Regresó diciendo muy convencido: “Se trata de dos enormes mariposas”. Se acercó otro y le tocó la probóscide: “Te equivocas, le dijo al primero. No son mariposas, sino que se trata de una gruesa serpiente”. Un tercero le tocó una pata y gritó enojado: “Estúpidos los dos. ¡Es tan sólo el tronco de un árbol!” Y así seguían peleándose, hasta que un anciano propuso que todos tocaran una parte del animal y luego articularan sus impresiones. De esta forma pudieron entender que era un elefante (antiguo cuento africano).

14) Construir conocimientos complejos

“Las cosas no son todas tan comprensibles ni tan fáciles de expresar como generalmente se nos quisiera hacer creer. La mayor parte de los acontecimientos son inexpresables; suceden dentro de un recinto que nunca halló palabra alguna. Y más inexpresables que cualquier otra cosa son las obras de arte: seres llenos de misterio, cuya vida, junto a la nuestra que pasa y muere, perduran” (Rilke, 2017, p. 154).

15) Cultivar el deseo de sentido de futuro

De todo, quedaron tres cosas

De todo, quedaron tres cosas:
la certeza de que estaba
siempre comenzando,
la certeza de que

había que seguir
y la certeza de que sería
interrumpido antes de terminar.
Hacer de la interrupción un camino nuevo,
hacer de la caída, un paso de danza,
del miedo, una escalera,
del sueño, un puente,
de la búsqueda... un encuentro.
(Pessoa, 1998, p. 17)

16) No al método hipotético-deductivo

La hipótesis es un mecanismo que intenta “capturar” la realidad y por ende la fija en una jaula que la predetermina antes de que haya podido hablarnos con sus propios lenguajes y dejarnos los dones de sus mensajes. Deducir es otra vez pensar que existen leyes universales e inmutables, que nos permitan predecir con exactitud lo acontecible. Pero la realidad y la vida se mueven también en el campo de lo aleatorio, que no significa el caos nihilista, sino la indeterminación de la permanente creatividad de lo nuevo.

*17) Investigar a partir de la construcción de problemas
y no de la elección de temas*

Los temas son una *lectura de la realidad*; los problemas son una “escucha” de la realidad. Los temas son textos ya escritos. Los problemas son textos que se están escribiendo. Los temas son lo dado. Los problemas son lo dándose.

*18) Buscar la “afectación estructurante” e individuar
el “organizador interno” que me conecta con un problema histórico,
para que, de esta forma, uno se pueda volver “sujeto de época”*

Biografía e historia “enactúan” entre sí de manera que, robándole la idea a Varela, ni la una ni la otra existen sino en el momento en que se encuentran y se relacionan mutuamente. No existen biografías sino en el marco de la historia, así como no existe historia que no sea entretejida de biografías. Reconocer que mis afectaciones son momentos íntimos del pulsar problemático y esperanzador de mi época histórica.

19) *Modalidad explicativa y modalidad interpretativa*

Tengo una casaca de piel

- A. Modalidad explicativa: es una casaca relativamente grande, de color marrón, de piel de gamuza, es hace casi treinta años que la compré, tiene cremallera delante, botones en la manga, solapa ancha, es sin capucha y con un elástico al fondo.
- B. Modalidad interpretativa: me la regaló mi hermana y me acompañó en todos estos años; en ella se han acumulado los olores de mis estratificaciones biográficas, contiene Perú, Cuba, Colombia, la muerte de mis padres, la llegada de mi hija y de mi nieto, ha asistido a mis actos de heroísmo y a mis actos de cobardía, es prácticamente una didactobiografía en forma de prenda.

20) *Hay que problematizar, pero con historicidad, es decir problematizar en términos de contexto. Hacer de cada uno de nosotros un pensador histórico*

“Si su diario vivir le parece pobre, no lo culpe a él. Acúcese a sí mismo de no ser bastante poeta para lograr descubrir y atraerse sus riquezas. Pues, para un espíritu creador, no hay pobreza. Ni hay tampoco lugar alguno que le parezca pobre o le sea indiferente” (Rilke, 2017, p. 155).

Fue así como, paulatinamente, fui encajando matriz epistémica y coordenadas epistémicas, intentando desanclar lo que necesariamente se presentaba como algo transmitido en algo vivido, moviendo lo que siempre corre el riesgo de encasillarse. ¿Lo logré? ¿Logré desarticlar el mismo mandamiento que me decía que hay que desarticlarlo todo? Pues, finalmente, algo muy importante que entendí es que la vigilancia epistémica, la sospecha permanente, la actitud del recién llegado en una comarca hay que volverlas re-flexivas, en el sentido de que apunten también en la misma dirección de donde han surgido, que no le pase a Zemelman lo que le pasó a Marx, que muchos leyeron ahistóricamente al fundador del materialismo histórico, y tal vez muchos van a leer teóricamente al que lanzó con gran coraje su apuesta del pensar epistémico.

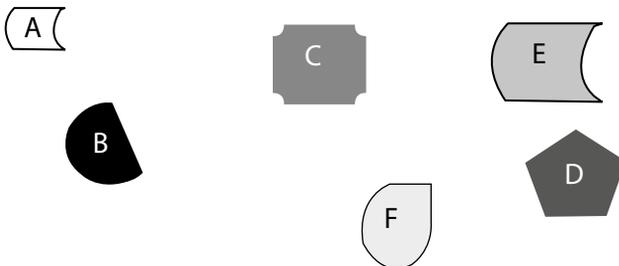
La *totalidad* como “mandala” metodológico

No puedo no destacar en esta metalectura el impacto casi de fulguración que tuvo en mí el discurso sobre la *totalidad* como recurso metodológico (Zemelman, 2003). Fue una clave que me abrió muchas puertas epistémicas, casi una conversión como la de San Pablo en la vía de Damasco.

Sí, sé que lo de la *totalidad* puede aparecer algo abstracto y frío, algo culto, filosófico, casi académico. Pero el hecho es que yo tenía una partida abierta con esta vaina de la totalidad, desde que, campesino recién inurbado, me explicaban el *espíritu absoluto* hegeliano y no entendía absolutamente nada, o desde que, ya joven militante de la izquierda extrema, me explicaban la *totalidad dialéctica* y tampoco entendía nada, pero disimulaba lo contrario, para no quedar mal con mis profesores o con mis compañeros. La totalidad me la llevó a cuesta como una cicatriz nunca completamente sanada, algo que no lograba tragarme, que no lograba metabolizar.

Por esto fue para mí una verdadera dicha encontrar lo de la totalidad como recurso metodológico, pues fue algo que, decosificándola, me la desacralizó, me la volvió amigable, hospitalaria. Es una de las cosas por las que siento una profunda gratitud a Hugo, un camino por lo que también transitó nuestra amistad.

En medio de tantas angustias, fue una dicha poder diseccionar las distintas posibilidades de entender la totalidad y finalmente me pareció comprender algo sobre ella. La primera opción sería lo de pensar que la *totalidad* es una substancia real (ontología) entendida como simple suma de las partes. Se trataría, en este caso, de un enfoque ontológico-aditivo:

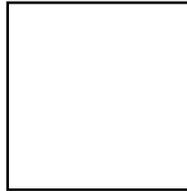


$$A+B+C+D+E+F = \text{TOTALIDAD}$$

La segunda opción es pensar que la totalidad es una substancia real (ontología), entendida como la estructura que se compone de los distintos elementos del todo. Estaríamos ante un enfoque ontológico-estructural:

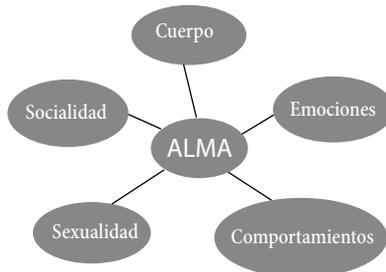


Estos cuatro segmentos podrían constituir una totalidad en el sentido anterior de la suma de todos los elementos, pero no se articulan en una estructura. Para conformar una totalidad, tienen que estar estructurados:



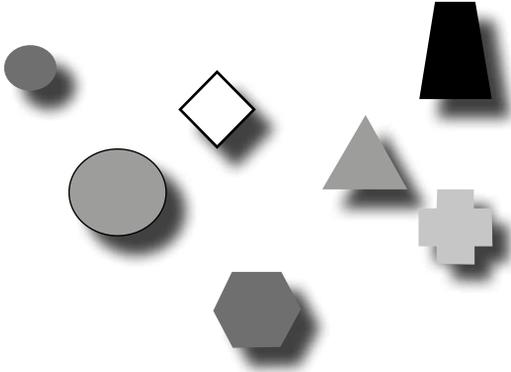
Ahora bien, los cuatro elementos se estructuran y conforman un cuadrado, es decir una totalidad que es algo más que la suma de sus elementos. Sin embargo, nos mantenemos en el *fixum* de la ontología, del “objeto dado con sus determinaciones”.

En un tercer caso la totalidad es una substancia real (ontología), entendida como el elemento que articula a los otros y hace que se conformen como una estructura. Es muy parecido a la “causa formal” de Aristóteles. En la visión cristiana, por ejemplo, la totalidad del hombre en este sentido sería el alma, mientras que en la visión freudiana sería un conjunto de tres elementos, el ello, el yo y el superyó, que tienen el poder de estructurar los otros elementos.

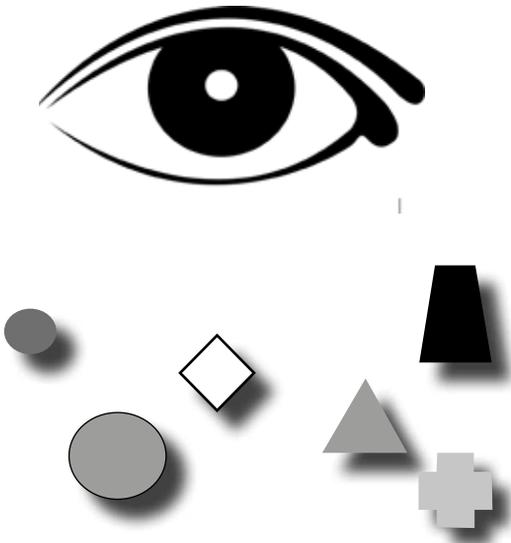


Y finalmente (¡ah, qué maravillosa brisa de lo inédito!) hay, en el pensamiento categorial, una concepción epistemológica de la totalidad, entendida no como substancia metafísica ni como una “cosa”, sino como *ángulo de mirada*, lógica de razonamiento, recurso metodológico.

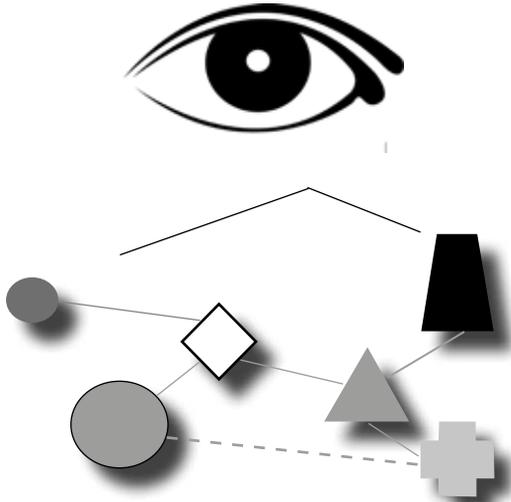
Step 1: La realidad no se conforma como totalidad antes de la intervención del sujeto constructor de conocimiento



Step 2: Interviene la mirada del sujeto que al comienzo encuentra elementos dispersos

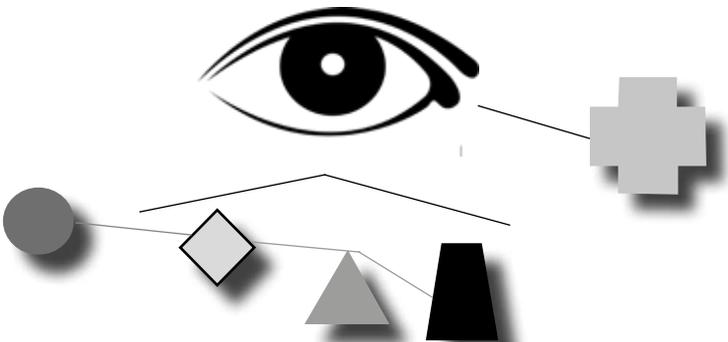


Step 3: El sujeto asume el ángulo de mirada de la articulabilidad y desde allí construye (no las encuentra ya dadas) conexiones que conforman una totalidad de carácter epistemológico (no ontológico)



Sin embargo, la articulación no es simplemente un conjunto de relaciones y lazos potenciales, que la mirada del sujeto permite que puedan potenciarse y hacerse visibles, sino que son relaciones que semantizan y resemantizan los elementos, dándoles significados nuevos y “específicos”.

Step 4: La articulación en una totalidad, operada por el sujeto, confiere significados nuevos y específicos a los elementos



Todo ello Zemelman lo expresa en distintas ocasiones, pero una de las más clara es la siguiente:

Lo dicho implica que la totalidad no es todos los hechos, sino que es una óptica epistemológica desde la que se delimitan campos de observación de la realidad, los cuales permiten reconocer la articulación en que todos los hechos asumen su significación específica [...]. (2003, p. 50)

Zemelman confirma este enfoque diciendo que “la totalidad concreta cumple por eso la función de ser la estructura pertinente para comprender los hechos aislados” (2003, p. 52). Todo ello me ha hecho considerar una posible comparación entre esta forma de entender la totalidad y la figura retórica de la *analogía*, tan importante en la poesía contemporánea (y en mi vida) y que Baudelaire (1900) expresa en un famoso poema que me permito traer:

Correspondencias

La Natura es un templo donde vividos pilares
dejan, a veces, brotar confusas palabras;
el hombre pasa a través de bosques de símbolos
que lo observan con miradas familiares.

Como prolongados ecos que de lejos se confunden
en una tenebrosa y profunda unidad,
vasta como la noche y como la claridad,
los perfumes, los colores y los sonidos se responden.

Hay perfumes frescos como carnes de niños,
suaves cual los oboes, verdes como las praderas,
y otros, corrompidos, ricos y triunfantes,
que tienen la expansión de cosas infinitas,
como el ámbar, el almizcle, el benjuí y el incienso,
que cantan los transportes del espíritu y de los sentidos.

Me pareció interesante intentar una comparación con esta función de articulación de la *analogía*, que construye una totalidad en tanto óptica poética. En este caso, sin embargo, el alfabeto que

permite potenciar esta articulabilidad de la realidad es el metafórico-simbólico, mientras que en el caso de la totalidad concreta es una mirada que se apoya en la praxis de los sujetos que actúan en una determinada coyuntura histórica.

Así fue como fui comprendiendo que la totalidad concreta de hecho es el eje articulador e sirve como de fundamento de todas las otras categorías que conforman el pensar histórico.

Finalmente quiero destacar otros cuatros puntos que me parecieron importantes y que respondieron a varias inquietudes e interrogantes que tenía:

- 1) Una muy sugerente definición de historia como “la construcción objetivamente posible de los actores sociales” (Zemelman, 2003, p. 79).
- 2) Una definición no genérica de lo que se entiende por “crítica”, que no es ni simplemente el pensar negativamente sobre algo, ni el genérico sentido etimológico de “juzgar” (crítica deviene del verbo griego *crinomai* que significa juzgar), sino que es “el rompimiento de la condición dada de un objeto, por medio de destacar lo procesual de lo estructurado mediante el énfasis de su potencialidad” (Zemelman, 2003, p. 57). Casi podríamos decir que criticar es *poner en movimiento*.
- 3) Ser conscientes de que entender la totalidad no como cosa sino como forma, modalidad de razonamiento, “se corresponde con la cuestión básica de convertir el qué pensar en el cómo pensar sobre la realidad” (Zemelman, 2003, p. 112). De allí la importancia de lo metodológico.
- 4) Es importante destacar que así entendida la totalidad posibilita reintroducir con prudencia la figura de la hipótesis o mejor dicho de “protohipótesis”: “En este sentido la totalidad es un proceso para construir *protohipótesis*, que sirvan de base para formular conjeturas, por encima de las demarcaciones teóricas preestablecidas” (Zemelman, 2003, p. 72).

Todo este recorrido epistémico, con relación a la totalidad, vino en un momento ya muy avanzado de mi proceso formativo en IPECAL. Fue, en cierto sentido, un momento de cierre, de pausa, de descanso. Luego todo se puso otra vez en camino, en movimiento.

Pero fue grato quedarse un instante inmóviles, asombrados, atónitos y, parafraseando el Kant de *La crítica de la razón práctica*, poder decir: “Dos cosas me llenan el corazón de maravilla: el cielo estrellado sobre de mí y [...]”, la totalidad como recurso metodológico dentro de mí. En fin, la totalidad pensada en la misma dimensión de la impermanencia de un *mandala* tibetano, pues permanentemente, así como la realidad y la mirada del sujeto, se construye, se deconstruye y se reconstruye.

Y, cierto, tendría que enriquecer mi metalectura con muchas otras cosas con la que fui paulatinamente enfrentándome: la dialéctica como articulación y no como negación, la historia como secuencia de momentos sucesivos, la crítica feroz a cualquier tipo de teleologismo histórico, la viabilidad como criterio de objetividad en el ámbito de lo político, etc.

Pero ya la metalectura de mi proceso de conexiones y fracturas con mis didactobiografías está tocando prepotentemente a la puerta de este texto...

Metalectura del proceso de construcción de las didactobiografías

Al comienzo fue el *tiempo*

Al comienzo fue el *tiempo*, épocas geológicas atrás. El traicionero Marcos, el primer coordinador de mi círculo de reflexión,² con voz atónica, como si se tratara de una pizca de nada, sin importancia, a nosotros imberbes neófitos nos pidió escribir una paginita sobre algo que nos angustiaba. Y allí a uno no se le ocurre que había el riesgo de casarse de por vida con una marca, de quedarse instalado para siempre en una comarca, de incestuar con una profunda afectación. Y así, con absoluta inconciencia (tal vez a alguien ello le parecerá una óptima condición epistémica) escribí esta bendita/maldita paginita sobre el *tiempo* como algo que me angustiaba. Esta

² En los círculos de reflexión de IPECAL, de los cuales se ya se habló en una nota anterior, un instrumento fundamental de activación de la dinámica de construcción de conocimiento es el dispositivo de la “didactobiografía”, revisitación escrita de momentos y procesos significativos de la propia vida.

paginita creció, engordó, me esposó por dos semestres, terminó con un primer intento de didactobiografía; puesto que todos en el círculo seguían preguntándome por qué tenía tantos problemas con el tiempo, hasta escribí un texto que, para callar los grillos sabios, titulé “Reconciliación” y del cual me permito transcribir la parte final:

Una de las primeras veces que miré a mi nieto, un corderito de abismal y sabia inocencia, pensé en mi abuela muerta hace tiempo y le hablé de ella al recién nacido. Fue un instante mágico, en que pude jugar en armonía con el tiempo, hacer que reviviera mi abuela y que mi nieto viajara al pasado. Todo fue muy tierno, y pronto, luego que prendí la vela, me retiré con discreción para que se miraran y conversaran ellos dos solitos, en su idioma sagrado y cifrado.

Es recordando todo esto que esta noche el tiempo va adquiriendo el ritmo de una suite de Bach o el ritmo lento y antiguo de mi padre aspergiendo con amplio gesto circular del brazo la simiente del trigo que brotaría a primavera. Un ritmo como el de las nubes que van lentas y pausadas en el cielo y, aunque nadie sabe adónde van y por qué, igualmente son bellas y se hermanan con nuestras emociones.

Es una reconciliación provisional, pues no sería bueno querer hacerla permanente y substraerla al ritmo del tiempo. Sé que mañana se producirá otra fractura y pasado mañana otra reconciliación. Por ello este texto es mío tanto como el primero que escribí, pues yo y el tiempo somos como una vieja pareja, que siempre nos peleamos y que siempre nos queremos y no podemos desprendernos el uno del otro. Yo soy mi tiempo, soy mi vida y seré mi muerte. Soy mi conformidad y mi inconformidad con todo ello. A veces de este enredo no entiendo nada. Otras veces igual no entiendo nada, pero logro entrar en armonía con este desentendimiento. En fin, hay tiempo todavía...

La pregunta “desde dónde me coloco” ahora es para mí de vital importancia: ¿hubiera podido el *tiempo* constituirse en un poderoso campo de observación, transparentar la ventana desde donde mirarme a mí y mirar al mundo? ¿Por qué lo abandoné entre los escombros

de una historia pasada, benjaminiana víctima de un caminar hacia otro destino? ¿Qué fue lo que hizo que a un cierto momento me deshiciera de él, en favor de otras concubinas epistémicas? Preguntas, decía, fundamentales, sobre todo si están direccionadas no tanto a entender lo que pasó, sino a través de lo que pasó entender el perfil de lo que aconteció después.

Desde el presente reconstruyo el pasado pensando que tal vez olfateaba cierto tinte abstracto, intelectual, culto, erudito en esta *marca* del *tiempo*, una suerte de artificiosidad no genuinamente mía. O fue el sentimiento que finalmente el tiempo no existe, sino que sólo existen experiencias que trascurren en el tiempo y que mejor hubiera sido hablar y escribir de aquellas experiencias y no de la forma gaseosa que las contenía. O, finalmente, porque ya otra “*animula, vagula, blandula, hospes comesque corporis...*”³ me estaba acechando desde la fascinación de un plan bien ordenado de circunnavegación de los escollos y las abismales olas del Estrecho de Magallanes que me hacía temblar de miedo al enfrentarlo directamente.

Sea como sea, el *tiempo* se fue y con el tiempo me acostumbré a su ausencia, a los nuevos amores que relucían con sus joyas y barrocos atractivos, gozando por el camino redescubierto, esperando, quizás, que esta vez pronto hubiera encontrado una casa de verdad, y no una provisional carpa de nómadas, buena sólo para dar incierto amparo por una noche, si es que el viento no sopla con saña de tempestad...

La infancia como tentación de salir del pensamiento nómada

Todos los coordinadores habían insistido, como si fuera un mantra, que las didactobiografías no están ya hechas, sino que se construyen, se desmontan, se reconstruyen, en fin, son criaturas siempre medio informes (¿deformes?), pues cuando se opera con la subjetividad, por supuesto incluyendo la propia, los movimientos telúricos vienen inesperados y tremendos.

Quizás, mi segunda didactobiografía fue originariamente inspirada por el miedo a estos posibles movimientos sísmicos, por el

³ “Pequeña alma, tierna y flotante / huésped y compañera de mi cuerpo...” (versos del emperador Adriano, retomados en la famosa novela de M. Yourcenar (2011), *Memorias de Adriano*).

deseo de encontrar algo más formateado, más domesticado, amigable, mapeado, circunscrito de antemano. El asunto es que, en el caso de la didactobiografía, observador y observado coinciden y no es fácil desentrañar el enigma del “desde dónde uno se coloca” para mirarse a sí mismo. ¿Deja que las *marcas* salgan en una suerte de espontaneidad inconsciente, con olor a barato psicoanálisis, o de alguna manera anticipa las marcas organizando la búsqueda de manera que algunas salgan y otras no, para finalmente encontrar las que quería? Este último ha sido el juego que, me doy cuenta, *a posteriori*, he barajado con cierta habilidad de prestidigitador.

Y es que mis marcas suponía tenerlas ya claras de antemano, como representante, desde toda una vida, de una “niñología” alimentada con experiencias de sabor popular y estudios de alta alcurnia. Así que emprendí el camino inverso: en lugar de encontrar al final un problema de época a partir de mis marcas vitales, busqué mis marcas vitales a partir del problema de época que más me había ocupado en mi vida social, política, profesional: la antinomia de amor y agresión, de protección y dominio en las relaciones entre las edades.

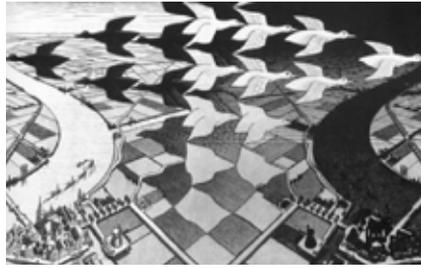
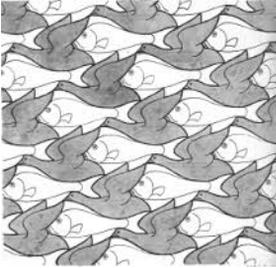
De ello salió una didactobiografía que me pareció llena de estímulos, de espejos epistémicos y afectivos que realmente reflejaban, en las entrañas de mis experiencias vitales más recónditas, las retorcidas contradicciones con las que nuestro tiempo se relaciona con la infancia. De esta manera muchos episodios de mi pasado pudieron resignificarse desde el lente de esta apertura problemática: reviví la amorosidad de mis padres y de mi originaria comunidad de aldea campesina conjunta con los *acting-out* de inesperada violencia; reviví, encarnizado en mis recuerdos, el esquema autoritario-salvacionista que tantas veces había declinado tan sólo en una dimensión teórico-explicativa; en fin, pude constatar que era una buena ventana para entrar en mí y volver a salir reconectado de otra manera con el mundo; y lo que encontraba en mí, mirando desde esta ventana, eran marcas vitales reales, duras, hoyos negros de posible implosión de sentidos.

Y ya también mis compañeros de círculos me habían identificado con estas marcas; tan sólo faltaba hacer que se articularan en una *marca fundante* y luego en una afectación estructurante y luego en un puente que me conectara con un problema de época (que además

ya conocía el porqué de allí había partido) y ya se podían celebrar las bodas, luego de tan convencido noviazgo.

Pero, evidentemente, el sujeto es difícil de enjaular, sobre todo cuando se desliza en territorios en donde la superficie aparentemente compacta y lisa, revela grietas que, si no develan, sí aluden a otros territorios subterráneos. Lo que determinó el cisma, la fractura, la ruptura, que reaperturó lo que iba cerrándose, que volvió a poner en movimiento lo que parecía ya estancarse en la promesa de una planicie epistémica ya en gran parte cartografiada, ha sido un par de ejercicios, aparentemente inocentes, y unas cuantas flechitas disparadas al momento justo por Patricia, en aquel entonces mi coordinadora de círculo.

Volver a la didactobiografía para recuperar en altorrelieve las marcas vitales primero, y luego las palabras clave que dieran cuenta del cómo habían sido vividas las experiencias que habían dejado estas marcas, me hizo, a pesar de mis resistencias, entrar en un “sistema de visual inestable”, en donde paulatinamente lo que inicialmente aparecía como un informe trasfondo develaba ambiciones protagónicas e iba colocándose en primera plana. Como en varios dibujos de Escher:



O en la famosa pintura que Dalí dedicó a su mujer.



Lo que aparece en primera plana cubre algo que, pero se esfuerza por emerger, así que un pájaro devela un pez, pájaros blancos otros pájaros negros, que además vuelan en dirección contraria, y el cuerpo desnudo de una mujer se desestructura para reestructurar el rostro de Lincoln. Así en mis regresos a la didactobiografía se iban progresivamente imponiendo otras marcas vitales, otras palabras claves que perfilaban otro posible horizonte de afectación, resonante en interioridades hasta entonces desconocidas y que casi me obligaron a tomar conciencia de que lo de la infancia y las relaciones etarias, más que una ventana desde donde mirarme a mí y mirar al mundo, era una jaula que a mí y al mundo quería “capturarnos”. Sin embargo, evidentemente, mi propia subjetividad ya había empezado a abrir en esta jaula espacios de maniobras, grietas, fisuras por donde asomaban otros *semas*, otros sentidos, otras semillas, otras emociones, otras afectaciones, en fin otros rostros de mi historia, de mi alma, de “mi montón de significados”, que finalmente tuve que reconocer no sólo como míos, sino reconocerlos en su protagonismo invasivos y pervasivos, coagulándose alrededor de *una* palabra, que al comienzo fue *exilio* y luego, conociéndonos ya mejor, pude nombrar como *el sentimiento de exilio*, recóndita fuerza fundante y estructurante que se fue consolidando como un potencial campo de observación.

***De la infancia al sentimiento de exilio:
otra vez retomando caminos erráticos***

En efecto, solamente con aceptar la osadía de una nueva mirada hacia mi didacto me daba cuenta de que este *sentimiento de exilio* trasuntaba desde casi cada línea de lo que había escrito. Por ejemplo, la primerísima parte de mi texto, perfilaba ya una marca distinta a las de las relaciones etarias, configuraba ya desde el comienzo esta centralidad fundante del destierro en su semantización literal y metafórica:

Desde el ventanal miro en la noche mansa a esta Bogotá inmensa, vientre laberíntico de una multiplicación humana que se funde en un anonimato sin remedio. Cada cual, en su nicho de amparo o desamparo, es como si tan sólo la soledad se

reflejara a sí misma y los ángulos de mirada se multiplicaran ad infinitum, pero incomunicados entre ellos, como mónadas cerradas y resbalosas. ¡Cuántas vidas que desconozco, cuántos muertos que no son los míos, cuántos sabores que no pulsaron en mi dentro una historia compartida! Las luces intermitentes de una soberbia modernidad se confunden con los oscuros límites de una naturaleza domesticada, Monserrate se colorea con tintes dulzones, y la contaminación de una luminosidad artificial no permite ver a las estrellas. Me pregunto sobre el largo viaje que me ha llevado hasta aquí, viaje de espacios, de tiempos, de culturas, sobre todo viaje de generaciones que se han sucedido, superpuesto, contrapuesto dentro y fuera de mí; vagabundo sin raíces que se alimentó más de adioses que de bienvenidas. ¿Existirá una dimensión en donde todo pueda volver, como si siempre te hubiera acompañado y todavía te acompañe? Tantos rostros se asoman con una mirada ansiosa, casi a preguntarme si de verdad voy a intentar llamarlos en vida otra vez, si otra vez se podrá recuperar el hilo que pueda tejer una cercanía, un compartir y, en unos momentos, también hacerse violencia dentro una red de juegos de poderes que se alimentaban al mismo tiempo de dominio y de amor. Desde Bogotá el viaje es largo, aunque no sea necesario moverse de la silla en que estoy sentado. Sin embargo, el viaje es largo, tal vez demasiado largo, por caminos donde fácilmente uno pierde la orientación, frecuentes son los cantos de sirenas, los espejismos te pueden perder. Pero la nostalgia es más fuerte que el miedo. La nostalgia es el dolor de la ternura o, como decía Pessoa de la saudade, “la tristeza de las almas fuertes”, o como decía Sábato del tango, “un pensamiento triste... que baila”. La nostalgia es una forma superior de lo humano, una dimensión casi artística de ansiar lo que se fue, algo que a mí me ha acompañado en toda mi vida, al punto que la vivo con afecto y la siento amigable, un modo quieto y sereno de asomarse a lo absurdo.

Ellos siguen llamando, quieren que otra vez reformule el pasado, que otra vez vuelva a poblar el presente con sus ectoplasmáticas presencias, que otra vez cuente sus historias, y mi

historia juntos con ellos, pues nada ya está definido y otros horizontes pueden dibujarse en los pozos de un corazón tiernamente dolido, pues siempre volvemos a instalarnos en nuestras historias, pero nunca terminamos por apropiarnos definitivamente de ellas. La memoria es permanente reconstrucción de algo que nunca fue y siempre seguirá siendo, el presente no existe sino como inconsistente línea de confluencia del pasado y del futuro, y nosotros caminamos sobre este delgado hilo hecho de nada, malabaristas inexpertos con un destino casi cierto de ser tragados por el abismo, y, sin embargo, con la remota esperanza de reconstruir un universo de sentidos y con ello alzarse en vuelo como golondrinas en el atardecer de una primavera...”

Se podría pasar lupa epistémica en cada una de estas líneas, pero es suficiente con pararse en la última imagen, que me salió casi inconscientemente, de la golondrina, pues se trata de un pájaro migratorio y que tal vez, como yo, está atrapado en una dimensión de dos nostalgias especulares.

De toda manera, en el ejercicio de recuperar las experiencias que me marcaron se iba construyendo paulatinamente un campo de observación que no era el que yo había programado, así que viví en carne propia este carácter del *dándose* permanente de la didactobiografía. Viendo ahora con un nuevo lente el texto que escribí, siento que fue como si algo urgiera desde mis más profundas entrañas y se asomara casi con prepotencia, a pesar de los otros antagonistas. Fue así como una de las experiencias que más marcas vitales dejaron en mí, es decir el tránsito mío de una cultura campesina a una cultura docta y de alguna manera de élite, inicialmente leída desde el lente de las relaciones intergeneracionales, pude volver a descifrarla como emergencia de este nuevo potencial campo de observación que se iba definiendo como “sentimiento de exilio”. Todo estaba allí, hasta bien visible y explícito, pero yo no lo veía, pues yo mismo había parametrado mi subjetividad de manera que supiera entender otro y sólo otro alfabeto.

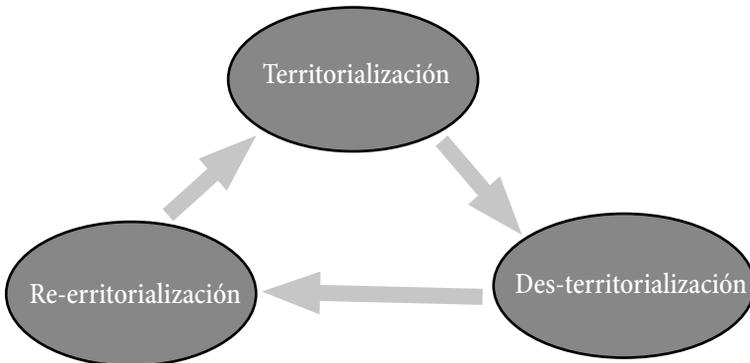
Hoy vuelvo a leer toda mi didacto y las marcas vitales condensadas en experiencias concretas y potencialmente coagulables en un

específico campo de observación se me develan con una claridad antes insospechable. A partir de allí, volví a repensar, si no por ahora a escribir, muchas otras experiencias de mi vida, que no están en la didacto, pero que sí me dejaron marcas vitales conexas a este potencial campo de observación que se iba siempre más reforzando.

Hay que reconocer que fue sobre todo el ejercicio sobre las palabras clave en la búsqueda de la marca fundante (“el cómo” se habían vivido las experiencias relatadas) lo que casi me obligó a vencer las últimas resistencias, con el oportuno, sensible, atento y discreto acompañamiento de Patricia, antes en los círculos y luego en una conversación que tuvimos en la Ciudad de México.

En realidad, este ejercicio develó definitivamente la fuerza de un potencial campo de observación que había salido del trasfondo y que se estaba imponiendo en la primera plana del escenario, que había dejado de ser un bajorrelieve para casi instituirse e imponerse como una escultura a “todo tondo” –es decir, completa–. Y es que las palabras clave que se referían a lo que luego llamaría “el sentimiento de exilio” se demostraban más potentes de las otras, palabras como: territorio / comunidad / cercanía / reconocimiento / pertenencia / casa / desamparo / sin reparos / aislamiento / desierto / desnudo / mutilado / laberíntico / vagabundo / adioses / recónditas / mezclarse / movimiento / pendular / revueltos / desmembrado / desterrado / destierro / desafiado / desorientado / inestable / intransitable / traspasa / exclusión / dificultad a reconocer / fragmentarias / erradicaban / arrancaban / fracturas.

Todas estas palabras bien pueden referirse a un macrocampo semántico que tiene que ver con



en un movimiento de nunca acabar. A su vez territorialización, desterritorialización, reterritorialización se refieren a múltiples dimensiones que no sólo están, por supuesto, conectadas a un traslado físico, sino que involucran muchas otras, interiores, simbólicas, afectivas y afectantes, emocionales, identitarias, etc.

Desde esta ventana del “sentimiento de exilio” espero volver la mirada hacia adentro, pero también hacia afuera. Sospecho que tal vez esta afectación que me marca y que de alguna manera descubro haberme fundado y estructurado, algo tenga que decir no sólo con relación a mis laberintos interiores, sino con relación a lo que está aconteciendo en nuestro mundo, en nuestra época poblada de exiliados: refugiados, migrantes, nómades, transeúntes, desterritorializados, desplazados, prófugos, extranjeros en propia patria y extranjeros en patria ajena, ostracizados, vagabundos, itinerantes; pero también los exiliados en una más amplia connotación metafórica, los desempleados, los jóvenes sin aparente función social, los “ni ni”,⁴ el anonimato, en fin estos siempre más numerosos excedentes humanos que finalmente configura el nuevo modelo de acumulación capitalista también como una producción masiva de apátridas.

Tan potente me parece ahora este campo de observación, que a través de ello siento que es posible abrir un movimiento articulatorio que me permita recuperar en ello también los otros elementos fundamentales de mis anteriores didactos o de mis anteriores lecturas de mis didactos.

Con relación al “tiempo”, tal vez no haya sido causal haber empezado con él, para terminar con el exilio. Y es que usualmente el exilio se piensa desde la categoría de espacio, mientras que la experiencia del exilio y sobre todo el “sentimiento de exilio” es también un reformularse de la experiencia temporal, en el sentido que la añoranza del pasado puede congelar el tiempo entre la nostalgia de lo que fue, tan fuerte que también los proyectos de futuros se van configurando como deseo de reconquistar un pasado que pensamos inmutable y que en realidad, paulatinamente, se desvanece, se transforma. De esta forma toda la dinámica dialéctica entre pasado, presente y futuro corre el riesgo de entramparse en arenas movedizas, y quizás

⁴ En el contexto actual de México, el término “ni ni” se puso de moda para referirse a los jóvenes que “ni estudian ni trabajan”.

por eso que Benedetti dijo que si el tiempo del exilio era el tiempo de la vergüenza, el tiempo del retorno, del des-exilio era, paradójicamente, el tiempo de la nostalgia, pues el territorio del pasado que se había añorado ya no existía más sino en la nebulosa difuminada y ectoplasmática de esta añoranza. De toda manera, creo que desde el campo de observación del “sentimiento de exilio” podré volver a pensar cómo fue mi experiencia del tiempo, afectada ella también por esta marca del destierro.

En fin, la infancia. Sería epistémicamente demasiado cursi volver a proponer el abusado y aburrido discurso del “sentimiento de exilio” que la edad adulta experimenta con relación al supuesto territorio edénico de la condición infantil. Dejémosles esto a los poetas románticos o a los filósofos al estilo de Rousseau. Lo que apetece más es ver cómo la infancia en sí resulta ser una forma específica de exilio que tiene sus propias modalidades de época. Sobre todo, en la medida en que a la mayoría de las infancias se les dice que en su propia territorialización es posible construir sentidos tan sólo anticipatorios de un futuro territorio que resultará ser el auténtico y verdadero y del cual, justamente, son momentáneamente exiliados. Por ello se considera que el niño no “es” sino que “se prepara a ser” algo y por ello sus territorialidades presentes y reales son minusvaloradas, como territorialidades marginales, como si la infancia fuera una situación de éxodo hacia la tierra prometida que es la edad adulta. También, respecto al tema más específico de la relación entre infancia y trabajo, se podría decir que, si en la sociedad feudal los niños eran en una condición de inferioridad con relación a los adultos, no eran, pero, en una condición de aislamiento (¿de exilio?); en ella eran integrados a través de múltiples relaciones y la con los padres no era exclusiva. La separación (¿exilio?) del mundo infantil del mundo productivo nos aparece un progreso, pues se justificó y se generalizó, en el siglo XIX, en contra de la explotación del trabajo infantil en el sistema de producción capitalista. La exclusión (¿exilio?) de los niños y de todas las personas físicamente débiles de la producción aparece, desde este punto de vista, un avance y una necesidad. Y sin embargo hay que tener claridad sobre lo que esta exclusión (¿exilio?) conlleva: la condición de inferioridad que toca todos aquellos, también mujeres y viejos, que no sirven directamente para la

producción, su dependencia de aquellos que los mantienen; además para los que no son adultos se trata de una exclusión provisional, que es mientras tanto una preparación. Ella nada tiene de progresivo o gradual, puesto que la entrada (¿des-exilio?) en el mundo del trabajo es un salto, de la dependencia e irresponsabilidad a su propia auto-suficiencia y explotación abrupta.

En fin, esta posibilidad rearticulatoria me fascina, pues me permite reconstruir hilos relacionales y de complejidad con todo lo escrito en mis propias didactobiografías, no olvidando lo que puse en cada una de ellas, sin que ello se resuelva en un simple almacenamiento sumatorio.

La indomesticabilidad de la realidad: el *nomadismo* como lógica de razonamiento

“... *la incorregible imaginación de la historia*”.

Lucio Colletti

Si tuviera que resumir todo este proceso, expulsando todo lo que, sin restarle importancia, se presenta todavía como declinación de un meollo fundamental, diría que al final el imán que articula y rearticula todo es el permanente e indomesticable movimiento, no diría de la realidad ni del sujeto, sino más bien de la relación dinámica y proyectiva en la que se van configurando, varelianamente enactuando realidad y sujeto, sujeto y realidad. La metáfora del *nomadismo* como forma de pensamiento, como lógica de razonamiento funciona muy bien simbólicamente. El nómada no es aquel que no tenga territorio, sino aquel que asume su viaje permanente, su condición itinerante, su ética de viajero como su propio territorio. También en el nomadismo epistémico hay pausas: un breve descanso a la sombra de un árbol, unas horas de sueños en una cueva o bajo las estrellas, una demora para tomar un sorbo de agua. Pero estas pausas son sólo momentos de una andanza de nunca acabar. No son metas, sino paradas de un itinerario en territorios cuyos límites son potencialmente infinitos.

Hay un cuento maravilloso del escritor italiano Dino Buzzati (2013), que bien podría ser asumido como traducción en una lógica y en un lenguaje narrativos de todo lo que se ha ido deconstruyendo y reconstruyendo en mí en estos años. Se titula “Los siete mensajeros” y cuenta de un joven príncipe que un día toma la decisión de salir a encontrar los confines de su imperio. Pero, con el tiempo se dará cuenta de que estos confines no existen y que el viaje, confundándose con la meta, nunca va a terminar. Y así reflexiona, sobre todo emocionalmente, en las últimas líneas del cuento:

Desde hace un tiempo una ansiedad inusitada se apodera de mí por las noches y ya no se trata de la añoranza de las alegrías pasadas, como en los primeros tiempos del viaje; más bien es la impaciencia de conocer la tierra ignota a la que me dirijo.

Advierto –y no se lo he confiado hasta ahora a nadie– como de día en día, a medida que avanzo hacia la improbable meta, el cielo irradia una luz insólita como jamás había visto, ni siquiera en sueños. Ha quedado definitivamente atrás el último cielo azul.

Las plantas, los montes, los ríos que atravesamos, parecen hechos de una esencia diferente de lo ya conocido y el aire me acerca presagios que no sé transmitir.

Una nueva esperanza me llevará mañana por la mañana aún más adelante, en dirección a aquella montaña inexplorada que ahora ocultan las sombras de la noche. Una vez más levantaré el campamento, y Daniel desaparecerá en el horizonte en dirección opuesta, para llevar a la ciudad remota mi inútil mensaje (p. 27).

Un “mensaje inútil”, pero igualmente importante, tal vez no para quienes posiblemente no lo van a recibir, sino para quien lo envía y con ello testimonia su terquedad, su perseverancia de mantener encendido el deseo del acto comunicativo con el *Otro*. Podríamos decir “un mensaje inútil”, pero no sin sentido.

Pues no se trata de un nomadismo sin rumbo. Hay una protodireccionalidad que nos guía. Prófundos, náufragos, itinerantes, nómadas, a veces encerrados en un gueto carcelario, a veces disipados en una diáspora impiadosa, todavía mapeamos los espacios recorridos, tomamos nota de la flora y de la fauna, de los hombres y de las culturas que encontramos, hasta miramos hacia el lejanísimo horizonte para husmear lo que posiblemente nos espera, este zemelmaniano “horizontes de posibilidades” que podrán ser ciertos o simples espejismos

engañosos, dependiendo si la ruta va a correr dentro lo potencial, dentro del blochiano *principio esperanza*, o desbordará en un ensueño embrujado de aspiraciones aleatorias y ectoplasmáticas, sin capacidad de morder realmente en mi realidad y en la realidad de la coyuntura histórica en la que estoy colocado.

En mi infancia, un componente fundamental de mi paisaje fue la niebla, que reencontré muchos años después en las atmósferas de la “garúa” de Lima. La niebla es al mismo tiempo amenazante y tierna, pues construye territorios de incertidumbres y borrosidades, pero al mismo tiempo le da al mundo que te circunda una potencialidad todavía por descubrir, te obliga a reorientarte permanentemente, te fusiona con lo de afuera, te hace sentir como si las cosas esperaran que tú les diera un sentido que por sí solas no saben definir.

Pensamiento nómada en un paisaje de niebla, en este permanente proceso de desplazamiento y reemplazamiento, de pérdida de territorio y construcción de nuevas territorialidades epistémicas.

Es así como percibo que de alguna manera todo se articula, en un complejo movimiento de *motus perpetuus*. El “sentimiento de exilio” como marca fundante, puede ser también la metáfora de una metáfora, de este nomadismo epistémico que carga sí con el miedo al desarraigo, pero que paulatinamente comprende cómo el desarraigo es la primera condición para una nueva siembra, para poder cultivar nuevas raíces, aunque a veces todo ello cueste y duela. El círculo de vulnerabilidad-generatividad epistémico-experiencial se pone en movimiento vorticoso y vertiginoso, pero con la confianza que en algún momento recuperaremos el ancestral instinto de las aves que emigran y sin saberlo saben cómo orientarse. Des-exiliarse en el exilio y exiliarse en el des-exilio, para que otra vez no se trate de una historia única y congelada.

CAPÍTULO II

Para una *episteme de flujos*: de la *marca fundante* a la *afectación estructurante* y a la *resemantización*

Introducción

Mi hija siempre me acusó de ser un “ordenado compulsivo” y, luego de la experiencia en IPECAL, pienso que tal vez algo masoquista estuvo presente en mi motivación para emprender esta aventura en esta rara maestría-doctoral, pues finalmente siempre me ha acompañado una sensación de desorden, de inconclusión, de azar, de borroso esfumarse de la presa, cada vez que uno vivía la ilusión de acercarse a ella. Pero la última parte del proceso me acercó mucho más a entender que lo que aparecía como espesa niebla podía ser vista como la posibilidad de inventar perfiles novedosos del mundo, en otra palabras, que lo que podía verse y nombrarse como desorden podía también nombrarse como indeterminación, potencialidad, inédito, en fin una convocatoria a lo nuevo, la posibilidad de que pudiera volver a fluir lo que antes era una narrativa congelada, la recuperación del “espacio de en medio”, entendido no como el espacio que está en la mitad, sino como el espacio que permite el flujo, el movimiento. Pues el

espacio de en medio es el de la circulación, el no lineal, el del intercambiador vial, que para poder coger el carril de la derecha me exige salirme a la izquierda de aquel por el que voy, pues no puedo ir directa, linealmente a la derecha sin hacer todo el rodeo que pasa por la izquierda. Es la configuración paradójica de la membrana que es a la vez interior y exterior, paradoja que Paul Valery comprendió

y expresó mejor que nadie al decir: “Lo más profundo es la piel”
(Barbero, 2006, p.22)

En esta recuperada colocación dentro de una episteme del flujo, fue para mí muy importante, en la última parte de mi proceso, volver a encontrarme con unas categorías y sellos metodológicos a los cuales antes no había prestado la debida atención. Me refiero al configurarse del movimiento de construcción del conocimiento como latido y palpación que tiene su propio ritmo, en una sucesión de momentos de cierre y de apertura y, finalmente, a la todavía parcial aprehensión problematizadora como movimiento que busca síntomas articulatorios, sin volver a la rigidez de lo explicativo-atributivo, sino abriéndose a la dinámica de lo que no es completamente dado, sino que *está dándose*. Por ende, un movimiento que se alimenta más de preguntas que de respuestas y sabe que una dinámica de construcción de conocimiento está entretejida de aceleraciones, pero también de pausas, de tiempos rápidos y de tiempos de espera, de dilataciones y de contracciones.

Términos que antes se usaban casi sinonímicamente, o que de toda manera se movían de una manera desordenada y muchas veces insensata, empezaron no tanto a fijarse en un lugar institucionalizado y rígido, sino a moverse, cada cual, con su propia lógica específica, en una suerte de nomadismo epistémico que no lindaba con la anarquía ocasionalista, sino que se configuraba como tránsito de la *ética del territorio* a la *ética del viajero*. Así pude no sólo entender sino resignificar términos como marcas vitales, palabras clave, ideas centrales y subsidiarias, marca fundante, marcas sociales, síntomas, conceptos ordenadores, afectación estructurante, resemantización, etc. Obviamente no se trató de construir una taxonomía diccionaria de términos canónicos, con los cuales armar un formato apodíctico y estático, sino de encontrar canales de flujos en mi paulatina construcción del campo de observación.

Claro está que la comprensión de todos estos términos no se ha dado ni todavía se está dando en un clásico sentido de captura de una potencialidad de sentido que sólo puede aclararse y volverse a complicar en su concreta aplicación en reales procesos de construcción de conocimiento. Por ende es un acercamiento al meollo categorial de estos insumos epistémicos y metodológicos, que nunca termina

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Presentación	9
Introducción	11
Capítulo I. Metalectura de andanzas nómadas: entre desterritorializaciones y reterritorializaciones epistémicas	15
Los primeros pasos: colocación, sujeto, excedente de realidad. Entre lo epistémico y lo teórico	15
Y luego (o tal vez al mismo tiempo) uno se encuentra con el pensamiento categorial	23
El conocimiento como <i>construcción</i> , lógica de razonamiento y la importancia de “lo metodológico”	30
La <i>totalidad</i> como “mandala” metodológico	38
Metalectura del proceso de construcción de las didactobiografías	44
Al comienzo fue el <i>tiempo</i>	44
La <i>infancia</i> como tentación de salir del pensamiento nómade	46
De la <i>infancia</i> al <i>sentimiento de exilio</i> : otra vez retomando caminos erráticos	49
La in-domesticabilidad de la realidad. El nomadismo como lógica de razonamiento	55
Capítulo II. Para una <i>episteme de flujos</i> : de la <i>marca fundante</i> a la <i>afectación estructurante</i> y a la resemantización	59
Introducción	59
Mirando hacia atrás: re-aperturándome hacia mis <i>marcas vitales</i>	62
Mirando hacia adelante: re-aperturándome hacia la <i>afectación estructurante</i>	67
Quitar la tierra debajo de los pies	67
Volverse humanidad de sobra	73
El lugar expropiado a los niños y ancianos	77
La soledad de los enfermos y de los moribundos	79
El exilio en forma de encierro	82

Del sentimiento de exilio al exilio	
como insignificación de lo humano	84
Resistencias, resiliencias y re-existencias de lo humano	91
La <i>nostalgia</i> y su potencia articuladora:	
volviendo a la metalectura del proceso epistémico	97
Breve excursio histórico de la semántica	
de la palabra <i>nostalgia</i>	101
Interludio	110
En diálogo crítico con la teoría	118
Tres poemas	121
Dos pinturas	130
Una película	138
Tres ensayos	144
Dos <i>fados</i> : las dos caras de la <i>saudade</i>	161
Capítulo III. La aventura investigativa como organismo vivo y no como formato: superar el extractivismo informativo en favor de un <i>nomadismo epistémico</i> dialógico, diatópico y analéctico	167
Introducción	167
Del campo de observación al recorte de realidad:	
encontrar a los sujetos históricos concretos	171
El <i>recorte de realidad</i>	171
<i>Ágape</i>	172
Soacha	175
La fundación “Colombia Nuevos Horizontes”	179
Los sujetos de la investigación	181
Los difíciles itinerarios de la aprehensión problematizadora	185
La <i>koiné</i> hermenéutica como horizonte epistémico:	
la potencia articuladora, interlocutoria y translocutoria de la analogía	189
Conceptos ordenadores, observables; ejes conversacionales, ejes de la reconstrucción narrativa y ejes hermenéutico-interpretativos	194
Introducción	194
Volviendo a interrogarse sobre el nudo	
de los <i>conceptos ordenadores</i>	195
De los <i>conceptos ordenadores</i> a los <i>observables</i>	198

De los <i>conceptos ordenadores</i> y los <i>observables</i> a los <i>ejes conversacionales</i> y los <i>ejes hermenéutico-interpretativos</i>	199
La nostalgia como emergencia emocional del sentimiento de exilio	202
Capítulo IV. Sembrar y cosechar horizontes de sentidos compartidos: de las narrativas conversacionales a la construcción de espacios de encuentro en la semiósfera de la reciprocidad del don hermenéutico	221
Introducción	221
La ubicuidad de la nostalgia como milagro íntimo surgido del abismo	226
La nostalgia como una forma particular de declinar el ámbito categorial de las respuestas silenciosas	235
La polisemia de la nostalgia: la nostalgia que inmoviliza y la que dinamiza, la nostalgia restauradora y la reflexiva	243
La nostalgia como código discursivo que posibilita humanizar la pérdida en una narración	248
La nostalgia del territorio o el territorio nostálgico, como superación de una manifestación del pensamiento colonial dicotómico	252
La recuperación del derecho a una dimensión contemplativa de la vida: la nostalgia como tiempo del <i>ocium</i>	255
El repertorio retórico: la nostalgia es oximórica, sinestésica, análogica y también metonímica, transforma la parataxis existencial, emocional y temporal en hipotaxis	261
La nostalgia como contradministración del riesgo	267
La nostalgia como reapropiación del mito	269
La familia como protagonista en los tejidos nostálgicos	276
Una inconclusa (in)conclusión: la nostalgia como territorio emocional de disputa entre un proyecto liberatorio y un proyecto regulatorio	282
Un breve epílogo introductorio, como cierre y como apertura a nuevos horizontes de interrogación	291
Referencias	296